

MEMORIAS DE JULIAN GAYARRE.



He dicho hace poco que á fines del año 1881, el empresario del teatro de Bilbao y yo estuvimos en Barcelona con objeto de conseguir que el célebre artista fuese á cantar en nuestro país.

Era D. Luciano Urizar un cumplido caballero, y habia hecho cuestion de amor propio el presentar á Gayarre en su teatro. Asi es que, sabiendo mi amistad con él, se empeñó en que le acompañase á Barcelona, donde á nuestra llegada, no solo le visitamos, sino que cenamos tambien en su compañía.

Nada se habló de teatros durante la cena; pero á los postres, don Luciano se dirigió á Gayarre, diciéndole:

—D. Julian: he empeñado mi palabra de que usted cantará en Bilbao, y estoy dispuesto á todo para conseguirlo. No sé si le convendrá á usted mi proposicion; pero por de pronto, me atrevo a ofrecerle veinte funciones, á mil duros cada una. Y como la mejor escritura es pagar, ahí tiene usted en letras sobre esta plaza los veinte mil duros adelantados.

Y sacando una cartera, la colocó frente á Gayarre. Este se quedó sorprendido y mirándome. Entonces le expliqué quién era D. Luciano Urizar.

—D. Luciano—contestó Gayarre, ya veo que no es usted un especulador, y esto me obliga sobre todo. Esta obligacion, mi amistad con Julio y el cariño que profeso á Bilbao, adonde voy casi todos los veranos, me deciden. Iré, pues, pero.... no puedo aceptar esas condiciones; seria abusar de usted, y yo en mi vida he abusado de nadie. No puedo, pues, cobrar á usted mil duros, porque no se los cobro á los demás. Iré á Bilbao, yo me encargaré de todo, y si, como espero, las cosas van bien, ya nos arreglaremos. Entretanto, háganle usted

el favor de guardar esa cartera y ese dinero, que esto es lo último de que debe hablarse entre nosotros.

Así contestó Gayarre. Estuvimos allí unos días, hasta que se embarcó para Palma de Mallorca, y cuando nos dió el abrazo de despedida, D. Luciano le dijo:

—Hasta el 9 de Abril, que empezará la temporada.

—No faltaré—contestó Gayarre.—Tengo palabra de rey.

Llegó, en efecto, ese día, y Gayarre, con los recientes y brillantes laureles de Roma, se presentó en Bilbao, acompañado de Pepe Elorrio.

¡Ay! El día antes había espirado D. Luciano víctima de aguda y rápida enfermedad.

Yo salí á Orduña á esperar á los dos amigos, acompañado del que lo era fraternal de Urizar, D. Marcelino de Goicoechea, y para enterar á Gayarre de lo que ocurría.

Éste se afectó mucho de tal desgracia; pero comprendiendo la situación difícil de la familia de D. Luciano, comprometida con los contratos de los artistas, dijo á D. Marcelino:

—Para las ocasiones son los amigos. Yo me encargo de todo.

Y, en efecto, así fué. No sólo cantó él solo las veinte funciones en el breve espacio de un mes, sino que se ocupó de los ensayos y de todo con verdadero empeño, salvando de esta manera los intereses comprometidos de aquella digna y honrada familia de D. Luciano.

Así se portó Gayarre. ¿Qué extraño es que el público de Bilbao le tributase, no ya la admiración hácia el artista, sino su simpatía hácia el hombre honrado?

Su *debut* fué hijo de las circunstancias, pero tiernísimo. Estábamos concluyendo de almorzar al día siguiente de su llegada, y en aquella hora debía verificarse el entierro del señor Urizar, al que había acudido el *todo Bilbao*, pues era D. Luciano sumamente querido y bien relacionado en la invicta villa.

—¿Tienes en casa el *aria di Chiesa*, de Stradella?—me dijo Gayarre de pronto.

—Sí.

—Dámela.

Se la dí y echó á correr á la iglesia de San Nicolás; subió al coro y cantó aquella bellísima melodía ante el público bilbaíno, que por primera vez escuchaba la voz del gran tenor.

—He querido tributar ésa pequeña muestra de cariño al buen amigo D. Luciano—me dijo luego.

La temporada fué de las que forman época en la historia del teatro de Bilbao. La última noche, despues de los aplausos, coronas y regalos, fué conducido á casa entre hachones encendidos, con música y hasta cohetes, siendo saludado por un público que le aclamaba con delirio.

Gayarre tenia en Bilbao muchos y excelentes amigos. Sería imperdonable no citar como el primero á D. Domingo Sagarminaga, el cual experimentaba por Gayarre verdadera idolatría. Entusiasta por la música y gran aficionado, á nadie cedia su puesto de ser el primero de los *gayarristas*. Hombre de edad madura, popularísimo en Bilbao, Domingo Sagarminaga, á quien familiarmente se le llamaba *Chomin*, era de un carácter franco, simpático y en extremo servicial.

Todavía dos meses antes de morir, estando Gayarre en Bilbao, le decia, con aquel acento lleno de calor que empleaba en su conversacion el buen *Chomin*:

—¡Juanillo! No hay remedio: tienes que venir sin falta á estrenar el teatro nuevo. Si no, te ahorcamos.

Y Gayarre, riendo, le contestaba:

—¡Pues no faltaba más! Vendré, aunque sea desde Pekin.

¡Cruel destino!.... Con muy pocos dias de diferencia, Gayarre y *Chomin* espiraban los dos en los primeros dias de Enero del año 90.

Desde Bilbao, Gayarre se trasladó á Valladolid, con gran parte de la compañía, para dar algunas representaciones.

Pocas fueron éstas, pues si abundaron en aplausos, no sucedió lo mismo con el dinero. Campaña de honra, y nada más.

Cuando llegó el mes de Julio de aquel año, Gayarre, que ya habia empeñado su palabra de ir á las fiestas de Pamplona y tomar parte en los conciertos que se proyectaban durante ellas, se trasladó á la capital navarra.

El recibimiento que se le hizo fué superior á cuanto puede decirse. Lo que anunciaba el respetable D. Serafin Mata y Oneca en sus cartas que en los primeros capítulos he publicado, se cumplió con creces.

Pamplona estaba electrizada y loca con Gayarre.

Los conciertos celebrados aquel año, en los que tomaron parte Gayarre, Sarasate, Zabalza, Guelbenzu, y dirigió la *Fantasia morisca*,

de Chapí, el maestro Arrieta, son de esas solemnidades musicales que no se olvidan nunca en un pueblo, y ménos cuando se realizan por hijos del propio país. ¡Qué orgullosa debía sentirse por aquellos días la capital navarra al ver reunidos dentro de sus muros tan preclaros hijos!

En la *Fonda de Europa* se albergaban todos los ya citados, con más el maestro Chapí, el distinguido autor dramático Ramos Carrion, el maestro Perez y el inseparable compañero de Sarasate, Otto Goldmish.

Gayarre habia mandado venir á toda su familia de Roncal, al frente de la cual se hallaba su querido padre D. Mariano; así es que al verse en su tierra, rodeado de su familia y sus buenos amigos, festejado y aclamado por sus paisanos, decia lleno de contento:

—¡No creo que vuelva nunca á pasar días más felices que estos que estoy pasando!

La Diputacion, el Ayuntamiento y el pueblo todo prodigaron señaladas muestras de atencion á los ilustres artistas, y no dejaron de tributarles cuantos obsequios tenian á su alcance. Al maestro Arrieta le dieron, en la noche de su llegada, no se cuántas serenatas; así es que decia con su gracia proverbial:

—¿Pero han visto ustedes un pueblo que más *suene*?

Y á propósito de serenatas.

Recuerdo que en San Sebastian atravesábamos una de sus calles, á las altas horas de la noche, Gayarre y yo con direccion al hotel.

Gayarre me venia hablando de la manera como cantaba *Poliuto* el insigne tenor Tamberlick, y para explicar mejor su idea, entonaba algunas de las frases á toda voz. Cuando más entusiasmado estaba cantando aquello de:

*Lasciando la terra,
il giusto non muore,*

se acercó el sereno, muy incomodado, a Gayarre, diciéndole:

—¡Caballero! Haga usted el favor de callarse.... No son estas horas de alborotar.

Se calló, y continuamos nuestro camino, mientras Julian me decia lleno de gozo:

—¡Gracias á Dios que he encontrado un individuo que me manda... callar!

Terminadas las fiestas de Pamplona, Gayarre decidió pasar el verano entre San Sebastian é Irun, como de costumbre.

En la estacion le despidió su padre D. Mariano con un fuerte y cariñoso abrazo. ¡Era el último que se daban!

En efecto; estando aquel verano en Irún, en casa de su entrañable amigo Cándido Figueredo, recibió la fatal noticia de que á su padre le habia dado un accidente. Gayarre voló á Roncal. Cuando llegó, aun pudo recoger su último aliento y tener al ménos el consuelo de verle espirar entre sus brazos.

D. Mariano no hablaba ya; pero cuando vió á su queridísimo hijo llegar á las tres de la madrugada junto á su lecho de muerte, le dirigió una de esas miradas de gratitud, de cariño, de amor intenso, que se graban en el fondo del alma y que, como contaba Gayarre llorando, ¡no se olvidan nunca!

Gayarre tenia idolatría por su padre; lo amaba con delirio. Ver contento y satisfecho al *abuelo*, como cariñosamente le llamaba, era su dicha mayor. Me atrevo casi á asegurar que á nada ni á nadie quiso Gayarre en el mundo como á su padre.

Tengo á la vista el telegrama que entonces me dirigió, y dice así:

«Acaba de fallecer mi queridísimo padre, despues de once horas de agonía. Estoy desesperado, loco.

JULIAN.»

Y, en efecto, lo estaba. Solamente el tiempo y las cariñosas muestras de amistad que de todas partes recibia pudieron aliviar su dolor; pero fué una herida que no se cicatrizó nunca del todo. Hizose pintar el retrato de su padre al óleo, y lo colocó en su habitacion de Roncal, donde aún existe. Jamás salió de la villa sin dirigir á aquel retrato su última mirada y decirle con toda el alma y como si viviera: ¡Adios, padre!

Registrando los papeles del artista se encontraron todas las cartas de pésame que con aquel triste motivo le dirigieron sus muchísimos amigos de todas partes.

Entre ellas hay una de D. Emilio Castelar, que es digna de leerse porque nadie como el gran tribuno puede escribir tan sentidas frases. Dice así:

«Biarritz (Villa-Albert).

21 de Septiembre de 1882.

Querido amigo mio: Respetando su inmensa pena, tan profundamente sentida, no quise decirle una palabra tan sólo en el acto de recibir su desconsolador telegrama. Nadie como yo conoce la ineficacia de toda frase para endulzar estas acerbas amarguras del alma. En todos estos trances nunca he querido refrenar el dolor natural, nunca me he propuesto consolarlo, prefiriendo dejar al tiempo y á Dios lo que solamente Dios y el tiempo pueden curar en estas heridas, nunca cerradas en nuestro desgraciado corazon.


Usted, que tan buen hijo ha sido, encerrándose dentro de sí mismo, revolviendo en su memoria los más santos recuerdos, penetrado de que le ha devuelto en amor y en desvelos, al fin de sus días, la vida que le diera, tendrá una satisfaccion muy grande y un consuelo muy dulce, que ninguna palabra humana podria procurarle.

¡Oh! La facilidad con que pasa la vida y la frecuencia con que nos hiera la muerte, debe servir para no perder el tiempo y aprovechar sus rápidos instantes en bien de la humanidad. Usted harto hace por ella manteniendo vivo en los corazones el culto al arte, y recordándonos con su divina voz que hay un más allá de este mundo en cielos esplendorosos, visibles solo para la fe interior y libre: otro mundo mejor.

Allí y aquí le guardará siempre cariño y admiracion su fraternal amigo

EMILIO CASTELAR.»

(De las *Memorias de Julian Gayarre*).



MEMORIAS DE JULIAN GAYARRE.

Cómo era la voz de Gayarre?

Algunas personas de las que sabían que me ocupaba en escribir este libro, me aconsejaron repetidas veces que no olvidase ese punto, pues sería verdadera falta dejar de hacerlo en la historia de tan excepcional cantante:

Creo oportuno el consejo, pues aunque para la generación actual que le ha oído nada hay que decir, para aquellos que no tuvieron la fortuna de escucharle y para los que acaso un día busquen noticias y datos acerca de las condiciones vocales del eximio artista, es oportuno dar siquiera una idea, lo más aproximada posible, acerca de aquella voz verdaderamente extraordinaria y maravillosa.

¿Cómo era la voz de Gayarre?

Carezco de competencia para contestar por mí propio á la pregunta; pero la respuesta me la dan hecha los entendidos críticos que del gran tenor se ocuparon.

Filippo Filippi, el célebre crítico musical italiano, se expresa así:

«La voce del Gayarre oltreché forte, vibrata, robusta, ha il pregio molto raro di un catore intenso, unito ad una singolare dolcezza: i passagi dal forte al piano é viceversa, il Gayarre lifá con gradazione insensibile, senza che s'oda ansia di fiato ó qualsinsi stento. Epoi nell' emissione di tutte le note basse, medie ed acute, una spontaneità, una facilitá, che non danno alcun pensiero sulla durata ó la giustezza del suono.»

El ilustrado escritor y distinguido crítico D. Antonio Peña y Goñi, en su folleto *Arte y Patriotismo*, hablando de la voz de Gayarre, formula el siguiente juicio:

«Gayarre tiene una voz que reúne todas las condiciones, que entra de lleno en la categoría de las que se llaman, según la nomenclatura italiana, voces de tenor serio.

»De timbre varonil, vibrante, hermosísimo, cuando se apoya en el pecho, ejerce una influencia irresistible, penetra en el oído y en el alma como un océano de sonoridad que remueve profundamente las fibras todas del entusiasmo. Es un verdadero huracán que arrastra cuanto encuentra á su paso.

»Apoyada en la cabeza, se transforma radicalmente; y aquella voz, que ha un momento vibraba con ardiente intensidad y arrebatadores acentos, se convierte de repente en una voz diminuta y dulcísima, en una vocecita *hembra*, permítaseme la palabra, en una especie de suspiro que conmueve, que deleita, que extasia.

»Dotado además de pulmones de acero, el cantante posee uno de los elementos más esenciales para el arte del canto: la respiración; y eso le permite desarrollar las frases con holgura y ejecutar un período entero sin rozamientos, sin vacilaciones, sin esquinas, presentando el discurso entero, con sus accidentes de ritmo y de fuerza sonora en toda su atractiva morbidez.

»Agréguese á todo esto las gradaciones de sonido que provienen de un cantante dueño absoluto de los efectos de dinámica vocal, y se obtendrá la siguiente conclusión: la voz de Gayarre es de lo más perfecto que puede apetecerse, y la más perfecta, indudablemente, de las que existen hoy.

»Y si después de lo dicho se tiene en cuenta que Gayarre ha perfeccionado ese maravilloso instrumento de que le dotó la Naturaleza reconstituyendo instintivamente, y en virtud de espontánea inclinación, las clásicas tradiciones del *bel canto* italiano (así lo han declarado en Italia repetidas veces), se agregará á la anterior conclusión la siguiente, que es consecuencia directa de la primera: Gayarre es, como tenor, de los más perfectos que pueden apetecerse, y el más perfecto, indudablemente, de cuantos existen hoy».

El aplaudido autor de *Los Amantes de Teruel*, el maestro D. Tomás Bretón, dice, hablando de la voz de Gayarre:

«Pasarán muchos años, muchos, antes que los que le escucharon puedan volver á oír órgano tan privilegiado. Así como creo que no se repetirá en la historia un Beethoven, porque sería necesario que naciese precisamente en Bonn, tuviera las portentosas facultades del gran maestro, viviese en Viena, en el Viena de su tiempo, y á los veintiocho años perdiese también el oído, así entiendo que no volverá á vibrar timbre análogo al timbre sublime de Gayarre hasta que

nazca otro nabarro, de anchas espaldas, robusta naturaleza, de pulmones inagotables, y que con todas estas circunstancias, y las que acompañan al sér más varonil, *tenga voz femenina*. El encanto de la voz de Gayarre consistía, á mi ver, en la union de la fuerza del hombre con la delicadeza y suavidad del timbre de la mujer en el registro en que éste este es más espontáneo y bello. Podía apostarse con el que creyera poseer el oído más fino, á que no distinguía una nota aguda filada de Gayarre, de la que emitiera una contralto y aun una soprano en el registro grave; podría, sí, como el ciego del cuento, decir al buen tuntún: éste es Gayarre, ésta es la otra; pero asegurarlo, nadie hubiera podido. De Fraschini, de Tamberlick y otros, pudo decirse: *¡Qué voz tan magnífica, tan hermosa!* De Gayarre solo cuadraba decir: *¡Qué voz tan especial, tan extraordinaria!*

El sabio doctor D. José de Letamendi, peritísimo en cuanto con la música se relaciona, hablando del célebre cantante escribe tambien lo que sigue:

«Era la voz de Julian Gayarre una voz extraordinariamente justa, fija y bien timbrada, y á esta triple virtud debía aquel don fascinatorio, que tanto y tanto aplauso le granjeaba.

»La *justedad* de la voz cantante es rara prenda, aun entre los artistas de mayor mérito y fama. ¡Dar por un *resquicio de carne* notas justas! ¡Si basta contemplar una laringe para creerlo imposible! Precisamente, si 30 violines, por ejemplo, ó 12 violoncellos, penetran en el corazon mucho más que uno solo, aunque éste sea tañido por una celebridad, es porque la falta de absoluto ajuste entre muchos imprime á su comun sonido, por lo *falso*, un carácter de turbulencia vibratoria, pasional, que por resultar mucho más *humana*, más de *carne*, obra en nosotros con mayor simpatía.

»Tales impurezas en la emision vocal siguen una progresion decreciente desde el bajo al verdadero tiple (mujer ó niño), siendo tolerables en las voces graves, sintiéndose poco en las agudas, pero resultando en la escala media muy perjudiciales, porque en ella quedan bastantes aún para que la relativa altura las acuse. Por esto son tan raros los tenores de emision *justa*; por eso era tan celebrada la purísima emision de Julian Gayarre.

»Pues bien; lo que admiraba de Gayarre en punto al temple de su voz, era el felicísimo consorcio de la *justedad en el ataque* y la *fijeza en la tenida*.

»Por lo que respecta al *timbre*, pocos tenores habrá habido más notables, y ninguno entre los vivos igualó á nuestro malogrado roncalés. El timbre de Julian era, no solo bueno, sino además puro, lo cual en la esfera práctica, y aun en rigor de teoría es muy distinto, pues son muy diferentes cosas la buena ó mala proporcion de armónicas que acompañan al sonido fundamental (timbre, en sentido estricto), y la presencia ó ausencia, producción ó no producción, mezcla ó no mezcla de *sonidos resultantes*, ya *diferenciales*, ya *adicionales*, que á dicha fundamental pueden asociarse (timbre, en sentido amplio práctico). En este punto, y á pesar de que por falta de personales relaciones no pude efectuar un estudio experimental de la voz de Gayarre á favor de los resonadores de Helmholtz, ni consta que se haya hecho por ningun curioso, español ó extranjero, tengo el oído bastante sagaz de naturaleza, y además bastante educado, para poder percibir, á semejanza de Rameau y algun otro, sin necesidad de resonadores, las principales armónicas de un timbre de escala media; y así recuerdo que en diferentes ocasiones, aprovechando notas prolongadas con creciente intensidad, le distinguía, con gran trabajo por *lo proporcionadas*, la 1.^a armónica, su 5.^a superior, la 8.^a de la 1.^a, la 3.^a y la 5.^a superiores de dicha octava, no acertando en ningun caso á oír, ni poco ni mucho, la 7.^a bemolizada, ni ménos aún, si cabe, la 2.^a supra-aguda, que juntas con la 8.^a tercera, componen aquel infernal *triton* agudísimo que, á poco sonar, destruye la pureza armónica del mejor timbre. De suerte que de las 10 primeras armónicas, las que no pude percibir en la voz de nuestro querido tenor, fueron, digamos, *si b² do³, re³, mi³*, (notas *g, h, i, j* teóricas), es decir, el *triton* ó serie de cuatro notas correspondientes á tres intervalos mayores, que es la verdadera *calamidad natural*, por lo disonante, de todo grupo de armónicas. Si á esto se agrega que no se percibía *en ninguna nota del total registro* la más leve resultante, ni *adicional* ni *diferencial*, se tendrá cabal idea de hasta qué punto era *bueno y puro* el timbre de voz de Gayarre.

»En suma: era la voz de nuestro malogrado compatriota un excepcional conjunto de tino, energía y armoniosa perfeccion. Pudiérase, en última síntesis, decir de ella, como total resultante artística, que reunía á la entereza de las voces *blancas*, ó de fundamental pura, toda la densidad de las voces *viriles*, ó de fundamental armonizada. De ahí su grande, universal y unánime estima: la de lo rarísimo por su excelencia.»

Para concluir.

Sabido es que al fallecimiento del pobre Julian, le fué extraída la laringe por los ilustrados profesores que en su última enfermedad le asistieron, y al examinarla hallaron en el sitio más delicado de ella una extraña eminencia convexa y regularmente conformada.

El doctor don Amalio Jimeno publicó con este motivo un curioso estudio sobre la laringe del gran tenor, en el cual, entre otros particulares, decia:

»La laringe de Gayarre parece grande, sin tener por ello un tamaño notable por su magnitud. Los músculos que concurrían á su función, los intrínsecos y los extrínsecos, desarrollados, fuertes, gruesos, poderosos, lo mismo que todos los del cuello, robusto, y los del pecho.

»Solo viendo aquel tórax y recogiendo las medidas de sus diámetros, se comprende cómo la voz del eminente tenor tenia aquella intensidad y aquella amplitud incomparables, que aun en canto dulcísimo y en registro de cabeza, hacia llegar á los más apartados lugares del teatro.

»Recuérdese que las cuerdas vocales son la parte más interesante, fina y delicada de la laringe: que ellas, por su tension mayor ó menor, por la abertura que dejan al paso del aire y por el número de sus vibraciones, dan carácter á la voz y al sonido: recuérdese que la figura de la glotis que ellas determinan tiene una influencia principalísima en el pase del registro de pecho al de cabeza, ó viceversa, tan difícil siempre, y que Gayarre vencía con gallarda facilidad, sosteniendo su canto *spianato*, que no volveremos jamás á oír; recuérdese, por último, que las notas mas altas del registro, aun siendo de pecho, se realizan por medio de más de dos mil vibraciones de las cuerdas en un segundo, y que Gayarre, superando al famoso *do sostenido* que a Tamberlick hizo tan célebre, *filaba* incomparable y divinamente su famoso *re* de la romanza de *Don Sebastian*, que cantaba en *Lucrezia*, y que tanto furor hizo en París, y habrá que reflexionar bastante sobre esa pequeña deformidad de la cuerda izquierda de su laringe. ¿La tuvo siempre? Pues preciso es suponer que fué más bien una ventaja que un inconveniente. ¿No la tuvo, y se le manifestó en los últimos días? ¡Quién sabe!...»

Creo que con lo dicho basta para formar idea de cómo era la voz del gran tenor. Insertar más juicios de los muchos que se han publi-

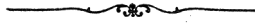
cado, sería inútil, cuando todos coinciden en las mismas apreciaciones, calificándola de *maravillosa y extraordinaria*.

Por eso el gran poeta Campoamor, á la muerte del malogrado artista, dijo muy bien aquellos versos, que resumen en una frase cuanto pudiera decirse acerca de esa voz:

Muerto Julian, yo creo
que encanta al cielo con su voz de Orfeo.

(De las *Memorias de Julian Gayarre*).

GURE IZAERA.



(NERE ADISKIDE FRANZISKO LOPEZ-I DONKITUA)

Arbol on batek lore ta fruta
ematen duben modura,
ala berian gizona ere,
sortutzen baita mundura;
orritz betia ta preškotasun
ona dubela ingura,
gero aundiya izan dediyen
denborarekin fruta-ura.

Chikitan gera oso biguñak
presko polit ta bišiyak,
choratzen gaitu edozer gauza
ikusten degun guziyak;
lotu ta ere eziñ iduki
dantzan ezur ta mamiyak,
aizea bezin fiñ memoriya
eta ernayak begiyak.

MEMORIAS DE JULIAN GAYARRE



Acaba de saberse, por testimonios competentísimos, cómo era la voz de Gayarre.

Preguntemos ahora: ¿Cómo cantaba?

Segun el ingenioso y elegante *Fernanflor*, en un bello artículo publicado en *El Liberal*, Gayarre cantaba *como los ángeles en el cielo*.

Ya está dicho todo; pero hay que ampliarlo.

El distinguido escritor italiano Luigi Rasi acaba de publicar un libro curiosísimo é interesante, que se titula *L' arte del comico*, en el cual, ocupándose del célebre tenor nabarro, dice:

«¡Gayarre! ¡Gayarre! ¿Quién podrá pronunciar este nombre sin sentir oprimido el corazón? Ayer, en el vigor todavía de los años, arrebatava todo un público con su canto melódico y apasionado, en el cual vibraba siempre la pasión y el alma del personaje, con su arte de actor clásico y puro... hoy ya no resta de él más que amargo recuerdo.

»No hubo público propio ó extraño que no tributase á Gayarre los honores debidos á la celebridad. Fué proclamado *rey de los tenores*.»

A mayor abundamiento, otro distinguido publicista de la misma nacionalidad, escribía, en el importante periódico *La Riforma*, un sentido artículo con ocasion de la muerte de nuestro compatriota, en el cual, entre otros párrafos encomiásticos, se lee:

Giuliano Gayarre era infatti qualche cosa piú di un cantante dalla dolcissima voce, dall' arte squisita: era un artista d' anima é di gusto; epperó non solo egli ha deliziato tutti i buon gustac del mondo, ma ha esercitato una vera, innegabile influenza sull' indivizzo del teatro musicale.

«Quand' egli sorse, infatti, é si affermó, la grande musica italiana ne era quasi bandita, per colpa in gran parte di esecutori incapaci. Egli la fece tornari in onore, guarendo il publico, ammaestrando la critica, inspirando i maestri... Gayarre, dunque, rimarrá nella storia dell' arte, ad onta della sorte che sembra condannare é cantanti á sparire completamente; perché in lui l' esecutore perfetto era completato dal giudice acuto, dallo illuminato estimatore della musica teatrale.»

Tal es la opinion de los extranjeros. Veamos la de los propios.

El respetable D. Emilio Arrieta, director de nuestro Conservatorio Nacional, escribiendo de Gayarre, con ese *savoir dire* tan propio de su ingenio, decia:

«Jamás rompió una palabra ni tomó un aliento falso. Una noche, durante el estruendo producido por las manifestaciones de entusiasmo que el público le prodigaba siempre, sobresalió una voz poderosa, que partia de un individuo colocado en el centro más elevado del teatro, diciendo:

»—¡Así se canta!

»Y, con efecto, así debiera cantarse.

»Un inteligente en el arte del canto, y gran admirador y amigo fiel de Gayarre, decia, bañado el rostro en llanto, que se alegraba, si no habia de poder continuar su espléndida carrera, de que le hubiese sorprendido la muerte en el apogeo de su gloria, para que así se le rindiesen los honores que corresponden á un príncipe del arte, adorado de todo el público.

»—¡Ha muerto á tiempo—decia,—ha muerto á tiempo!

»Gayarre era poco amigo de acercarse á las luces de la embocadura del escenario para cantar, segun es general costumbre en los *virtuosi*. Estos, cuando, casi pisando las luces elevan los brazos, parece que tratan de dar la mano á los espectadores del paraíso, y vuelven la espalda, con la mayor descortesía del mundo, á aquellos á quienes dirigen la palabra, aunque sean Reyes ó señoras de sus pensamientos. De lo que se cuidan, sobre todo, es de que la voz no se apague entre los bastidores y se extienda con la mayor fuerza posible por la sala, aunque tengan que sacrificar la verdad dramática y las reglas del buen sentido.

»¿Quien no recuerda á nuestro tenor amado en el acto cuarto de *La Africana*, cantando, en el centro de la espaciosa decoracion abierta, la sublime romanza que producía delirante entusiasmo?

«¿Y la delicadísima romanza del acto primero de *Los Pescadores de perlas*, que la ejecutaba en el fondo de la escena, á media voz, sin que á pesar de esto se perdiese ni una sílaba de la letra?»

Así se expresa el eminente maestro. Y ahora añado yo:

Gayarre tenía un repertorio vastísimo. No era un cantante de ésta ó la otra obra determinada. Él había cantado desde la *Sonámbula* y el *Barbero*, hasta el *Profeta* y el *Tanhaüsser*; desde la *Traviata* y *Don Pascuale*, hasta el *Moisés* y los *Hugonotes*. Apuntaré, por curiosidad, las óperas de su repertorio. Fueron éstas:

DE MOZART.

Don Giovanni.

DE ROSSINI.

Il Barbiere di Siviglia.—*Moisés*.—*Otello*.

DE DONIZZETTI.

Favorita.—*Lucrezia Borgia*.—*Lucia de Lamermoor*.—*Don Tasquale*.—*Anna Bolena*.—*Elixir d' Amore*.—*Don Sebastian*.—*Il Ducca d' Alba*.

DE BELLINI.

I Puritani.—*Sonámbula*.

DE VERDI.

La forza d' il destino.—*I Lombardi*.—*I Masnadieri*.—*Ernani*.—*Aida*.—*Rigoletto*.—*Un ballo in maschera*.—*Traviata*.

DE MERCADANTE.

Il Giuramento.

DE AUBER.

La Mutta di Portici.

DE FLOTOW.

Martha

DE PONCHIELLI.

La Gioconda.

DE ARRIGO BOITO.

Mefistofele.

DE MEYERBEER.

Gli Hugonotti.—*L' Africana*. — *Il Profeta* .—*Dinorah*.

DE WAGNER.

Lohengrin.—Tannhäuser.

DE WEBER.

Der Freyschütz.

DE GOLDMARC.

La Regina di Saba.

DE GOUNOD.

Faust.

DE MASSANET.

Il Ré di Lahore.

DE BIZET.

Il Pescatori di perle.

DE PETRELLA.

Manfredo.—I promessi Sposi.

DE GOMES.

Il Guarany.

DE GLINKA.

La Vita per il Czar.

DE USIGLIO.

Le Donne Curiose.—La Lega.—Il Conte Verde.

Creo que pocos artistas podrán presentar un repertorio de cuarenta y cinco óperas de todos los géneros y todos los maestros, cantadas todas ellas con el mayor aplauso en todas partes.

Gayarre, además, aun dada la exquisita delicadeza de su voz, era un cantante de extraordinaria resistencia, como lo prueba el excesivo trabajo que soportaba; pudiendo citarse, como ejemplo, la temporada del teatro Real de Madrid de 1878 á 1879, en que cantó SETENTA Y TRES representaciones, á saber:

-
- 4 de *Rigoletto*
 - 11 de *Favorita*.
 - 11 de *Hugonotes*.
 - 12 de *Africana*.
 - 8 de *Fausto*.
 - 8 de *Lucrecia*.
 - 13 de *Puritanos*.
 - 3 de *Donne Curiose*.
 - 2 de *Don Giovanni*.
 - 1 funcion con actos sueltos.

73

Este repertorio y este trabajo, aparte de la gloria inmensa que le valia, le proporcionó tambien una fortuna pingüe.

En efecto; Gayarre, el antiguo corista del teatro de Jovellanos, que cantaba zarzuelas con el haber nocturno de ocho reales, llegó á cobrar de los diferentes teatros en que actuó, la respetable cifra de *tres millones cuarenta mil quinientas diez pesetas*.

Tal es la suma que resulta de sus contratos; pero hay que añadir que sobre ella percibió grandes cantidades que no figuran en dichos contratos, ni es posible apreciar con bastante exactitud, por conciertos, funciones extraordinarias y beneficios. En Londres, por ejemplo, cantó á pesar suyo (pues no le gustaba) muchos conciertos de pago, valiéndole algunos más que las representaciones de *Covent Garden*.

He hablado del cantante, y creo que algo debo decir del actor.

D. Luis Carmena, en su folleto *El teatro Real de Madrid, temporada de 1878 á 79*, dice, hablando de esta cualidad:

«Reune, además, Gayarre notables condiciones de actor, que ha puesto de relieve en cuantas óperas ha interpretado, y con especialidad en la escena de la muerte de *Lucrezia Borgia* y en el acto cuarto de *Gli Ugonotti*, situaciones ambas en que ha revelado un talento dramático de primer orden.»

En apoyo de esta misma opinion, revelaré las frases de un gran actor y la carta de un hombre peritísimo. Cierta dia hablaba con Julian el malogrado é insigne Rafael Calvo.

—No le adulo á usted, Gayarre—le decia,—manifestándole que es tan buen actor como cantante, y le puedo asegurar que no hay ab-

solutamente ninguno, entre los tenores que yo he oído, que sea mejor actor. Más le diré: le he visto en algunas óperas ciertas escenas, que yo mismo no me atrevería a *accionarlas y representarlas mejor* que usted.

La carta es esta:

«Madrid, 1.º de Diciembre de 1878.

»Querido amigo Gayarre.

»Permítame darle por escrito, en la imposibilidad de verle con la frecuencia que yo desearia, mi enhorabuena por su triunfo en la noche inolvidable del sábado. A los prodigios de esa voz que une la fuerza con la dulzura, y á la maestría de ese frasear, que recuerda los mejores tiempos de Mario, juntó usted con arte propio y personalísimo una accion dramática no aprendida en ninguna parte, dictada por la celestial virtud del genio. Sus amigos que estábamos en el palco de nuestro excelente compañero Anglada, nos indignamos cuando usted se indignaba, nos enternecimos cuando usted se enternecía, y en aquella lucha portentosa, tan varonilmente expresada por su voz, por su ademán, por su gesto incomparable, imaginamos haber abandonado la realidad y encontrarnos como usted mismo.

»Ya sabíamos que usted es el primer tenor de la tierra: en los *Hugonotes* nos mostró que es tambien un trágico de primer orden.

»Reciba mi enhorabuena, y no olvide á su verdadero amigo, que tanto le quiere y le admira,

EMILIO CASTELAR.»

¿Qué pudiera yo añadir después de lo dicho? Que con verdadera justicia la opinion unánime le proclamó muy acertadamente *rey de los tenores*.

¡Ay!... Muy acertadamente tambien, al morir Gayarre, su cariñoso amigo el inspirado maestro Barbieri condensó estas opiniones en una hermosa frase de eterna despedida:

—Adios, Julian! *Addio il bel canto!*

(De las *Memorias de Julian Gayarre*).

MEMORIAS DE JULIAN GAYARRE.

Vuelvo á la historia.

Era ya á fines del verano de 1885 cuando Gayarre, despues de haber pasado la temporada de estío en su querida villa natal, se trasladó á París.

La idea que de tanto tiempo antes germinaba en su mente, se habia traducido en un vivo deseo que trataba de realizar.

—He pisado con aplauso todos los grandes escenarios de Europa—decia,—y no quisiera morirme sin cantar en la Grande Opera de Paris. Es el único teatro que me falta.

A fin, pues, de prepararse convenientemente, aprendiendo bien el francés para llevar á cabo su proyecto, se trasladó á la capital de Francia, desde donde me escribia:

«Aquí me tienes estudiando como un principiantillo cualquiera, pero supongo que será con provecho. Nada hay más difícil que expresarse en una lengua extraña con exacta pronunciacion. Madame de P... es mi profesora, y aunquc todavía no estoy comprometido más que moralmente para cantar en la Grande Opera, es menester hallarse bien preparado.

»De Madrid no me dejan en paz. El conde de Michelena me ha mandado el contrato en blanco. Castelar me escribió y me mandó un cariñoso telegrama invocando nuestra fraternal amistad para que acepte. Yo le contesté que mientras dure la epidemia no podia entrar en tratos; pero casi prometiéndole que aceptaría. Veremos!»

Y en 15 de Octubre de aquel mismo año volvia á escribirme:

«He aceptado Madrid.»

En efecto, el público madrileño supo con gran regocijo que entre los artistas contratados se hallaba su tenor predilecto Julian Gayarre.

Nuevo hijo pródigo, despues de una larga ausencia del regio coliseo, volvía otra vez á él.

El primer efecto de la noticia fué que subiese el importe del abono hasta una cifra á que no habia llegado muchos años antes.

Recuerdo que en la estacion de Miranda me reuní á Gayarre, y recuerdo tambien que en el camino cogió una pequeña ronquera que fué causa de que no pudiese debutar tan pronto como pensaba.

En el mismo coche iba con nosotros un distinguido titulo de Castilla y hombre público, que nos habló del mal estado de salud en que se encontraba el rey don Alfonso XII.

Así fué: llegados á Madrid, y antes de que se presentase Julián, espiraba S. M. en El Pardo.

Aquel triste suceso, aparte de las complicaciones políticas, era un gran contratiempo para la Empresa del teatro Real, puesto que con el luto de la corte parecia natural que el teatro no se viese favorecido por las principales familias de la aristocracia, asiduas concurrentes á él.

En este estado las cosas, se anunció el *debut* de Gayarre con *La Favorita*.

¿Cómo estaba el teatro? Como en los mejores dias. Se habian cotizado los billetes de entrada y localidades á subidos precios; y aun cuando en muchos palcos de aristocráticas familias no se veía á éstas, detrás de las cortinas de aquellos asomaban las curiosas cabezas de quienes, no queriendo faltar á las conveniencias del duelo, no querian tampoco privarse de oír al insigne tenor.

Por eso el periódico *El País* publicaba con mucha gracia, al dia siguiente de la representacion, un ingenioso artículo que titulaba *Gayarre revolucionario*, debido á la pintoresca pluma de Pascual Millán.

En efecto; era una revolucion la que Gayarre en aquellas circunstancias hizo, llevando al teatro á gentes obligadas á no ir por conveniencia de la etiqueta cortesana.

La ovacion que el público tributó á Gayarre al presentarse en escena vestido con el hábito de novicio de *La Favorita*, no es para describirse. Interrumpióse la representacion unos minutos para dejar que se desahogase el entusiasmo general, y para que Gayarre, emocionado tambien, se repusiese algun tanto.

A pesar, pues, de las circunstancias, y de cobrar el artista *seis mil pesetas* por representacion, la Empresa, en ésta como en casi todas las

funciones en que Gayarre tomaba parte, conseguia su bello propósito de colgar en el despacho el cartelito de: *No hay billetes*.

Después de *La Favorita* cantó la *Lucrecia Borgia*, en unión de otros dos eminentes artistas españoles: Carolina Cepeda y el bajo Francisco Uetam.

Fué otro triunfo, especialmente el terceto, cuya hermosa frase ¡*Madre mía!* cantaba Gayarre con lágrimas en la garganta, arrebatando al público todo, que pedía su repetición entre entusiastas aplausos; y en la gran romanza de *Don Sebastián*, que también se vió obligado siempre á repetir, entre los hurras y gritos delirantes del auditorio. En aquella *Lucrecia*, los tres españoles pusieron muy alto el pabellón del arte.

Una novedad artística se preparaba también en la temporada: la representación del *Mefistofele*, de Boito, que Gayarre cantaba por primera vez en Madrid.

Hablando de la manera con que Julian interpretaba tan bella partitura, dice el ilustrado escritor señor Arredondo:

«Ninguna absolutamente, sin excepcion, de las creaciones del famoso tenor, puede, en nuestro sentir, compararse á la realizada por él en el epílogo de la ópera de Boito. En otras obras, Gayarre ha realizado maravillas de interpretacion, por nadie igualadas hasta ahora, y que probablemente nadie tampoco realizará en lo porvenir, es cierto; pero en su mayoría, estas obras eran producciones geniales que solo necesitaban intérpretes de su talla para brillar en toda su belleza: ahí están para testificarlo el *spirito gentil* de *Favorita*, el *raconto* del primer acto de *El Profeta*, la romanza de *Don Sebastian*, el andante de *La Africana* y tantas otras que pudiéramos citar, sublimes inspiraciones de Donizetti y de Meyerbeer. Lo que Gayarre no habia hecho hasta entonces era elevar con su genio al último grado de lo sublime una composition mediana; que no otra cosa fué lo realizado por el gran cantante con la romanza del epílogo del *Mefistofele*, pieza que siempre se habia escuchado con indiferencia desde la noche de la primera representación de dicha ópera, aun cantada por artistas eminentes. Pero interpretada por el sin par tenor, producía transportes de entusiasmo y elevaba el ánimo á las más altas regiones de lo ideal, mostrándonos, con la hermosa realidad de la belleza artística, el último adios que da á la vida y sus tristes amarguras un alma hastiada de sensualismo, que tiende la vista, como última y consoladora esperanza, á las risueñas

promesas que le ofrece el infinito, que va á abrir sus puertas ante él.

»¡Ah! Si Goethe, el famoso creador del poema *Fausto*, hubiera podido escuchar á Gayarre aquellos acentos celestiales, de seguro hubiera derramado lágrimas de alegría al ver tan bien comprendido su pensamiento.

»El público madrileño, que aplaudió extraordinariamente á Gayarre la noche de la primera representacion de *Mefistofele* en aquella temporada, se sintió verdaderamente asombrado al escuchar el epilogo de dicha ópera, que ni remotamente sospechaba pudiera cantarse por nadie de aquel modo, haciendo objeto al egregio artista de una ovacion colosal, que se repitió cuantas veces cantaba el referido *pezzo*.»

Aquella brillante campaña concluyó con la representacion de *Lucía*, que cantó Gayarre para despedida.

El público no se cansaba de aplaudir á su predilecto artista, y no cesaba de saludarle desde sus asientos agitando sombreros y pañuelos, sin querer marcharse del teatro.

Gayarre mandó sacar un piano á la escena, y entre las muestras de cariño y los aplausos de todos, cantó el célebre *zortziko* de Iparraguirre, convertido hoy en himno del pais bascongado, *Guernikako arbola*.

Para entonces se habia comprometido ya definitivamente con su amigo Ghaillard, empresario de la Grande Opera de París, á cantar inmediatamente. Tuvo, pues, que marcharse á París, y...

Pero olvidaba consignar antes otro acontecimiento que constituye una hermosa página en la historia de Gayarre.

Me refiero a las solemnes honras fúnebres que se celebraron en el grandioso templo de San Francisco con motivo de la muerte del Rey D. Alfonso XII, cuya parte musical fué organizada y dirigida por el maestro Barbieri.

Mejor que contar yo aquel hecho, en la parte que á Gayarre se refiere, encuentro el reproducir lo que el propio maestro ha escrito acerca de él:

«Cuando, por la muerte del Rey don Alfonso XII, se organizaban las honras fúnebres en la iglesia de San Francisco, bajo mi direccion musical, le dije á Gayarre: «Quiero que cantes la leccion *Tædet animan meam*, á canto llano, sin acompañamiento alguno.» A lo cual me respondió: «¿Pero seré capaz de hacerlo bien, yo que nunca estudié ese género de canto?...» Entonces le presenté la leccion, escrita por mí en notacion moderna, y á medida que iba yo cantándosela, para

darle idea del estilo, él iba mostrando cada vez mayor interés, concluyendo por exclamar: «¡Esto es sublime!» En seguida cogió el papel y lo cantó á primera vista con el más profundo acento religioso y con la perfeccion artística con que hubiera podido hacerlo el más hábil cantor ó maestro de capilla.

»Así fué el efecto producido luego en la iglesia; y cuando, al dia siguiente del funeral, fuí á preguntar al malogrado primer obispo de Madrid si habia quedado contento de nuestro trabajo, me dijo, refiriéndose á Gayarre, que nunca habia oido un cantor que tan bien como él pronunciara el latín, ni que más religiosamente interpretara el sentimiento de la leccion; y añadió, por fin, estas palabras textuales: «Tanto á mí como á mis hermanos los obispos que ocupábamos el presbiterio, nos hacía levantar del asiento la mágica voz de Gayarre; y aquel *eruerere*, ultima palabra de la leccion, perdiéndose en las bóvedas del templo, parecia un eco angelical que llegaba hasta el Trono del Altísimo.»

(De las *Memorias de Julian Gayarre*.)



MEMORIAS DE JULIAN GAYARRE.



«Nápoles, 4 de Julio de 1889.

»Querido Julio:

Hace ocho días llegamos á la *bella Napoli*, donde me encuentro perfectamente. Tenia miedo de que el calor fuese demasiado fuerte, pero ocurre todo lo contrario; hace una temperatura deliciosa, y está esto que es una maravilla: lo único que siento es que no podré permanecer aquí más que hasta mediados del corriente.

»En Roma pasé ocho días con el buen amigo Mariano Benlliure y demás artistas de la colonia. Hemos hablado mucho de ti, al mismo tiempo que me concluía el busto para llevarlo á la fundicion, y á esta hora estará ya fundida y terminada mi efigie en bronce.

»En Milan estuve tambien algunos dias; pero allí me cansé pronto. Aquí estoy muy bien. Valentin va con Angel á ver todo lo visitable; salen por la mañana y vuelven á media noche. Yo lo paso perfectamente con los buenos amigos que aquí tengo. Almuerzo en el café; por la tarde vamos á comer á Possilippo, y á la noche nos metemos en el teatro á oír la ópera *Orfeo*, de *Gluk*, escrita hace ciento cincuenta años, y que se mantiene tan fresca que da gusto el oirla. No la ejecutan muy bien, que digamos, y á pesar de eso encanta. Añade á esto que el público napolitano es muy hospitalario para los maestros extranjeros, y sobre todo para los antiguos: lo contrario de otros grandes teatros, donde no gustan más óperas que las de mucho ruido, sin mirar la calidad. Y se comprende esto, porque el meridional es más delicado en sus gustos, y eso en nada se conoce tanto como

en la música. Pero caigo en la cuenta de que escribo demasiado de óperas.

.....

»Hacia el 20 visitaré la Exposición de París, y, conforme te dije, telegrafiaré en qué hotel estoy, por si puedes arreglar las cosas de manera que nos encontremos aquí para visitar ese magnífico certámen, que será digno de la gran nación francesa.

»Valentin me encarga muchos recuerdos para tí y los de casa, y cuanto quieras de tu mejor amigo

JULIAN.»

Así me escribía el cariñoso amigo en primeros de Julio del año 89, y á mediados del mes llegaba yo á la capital de Francia, donde le encontré con su sobrino Valentin.

El mismo día de mi llegada, recuerdo que tuvimos una gran *soirée* en casa de la distinguida artista española Elena Sanz, y despues de comer se improvisó un concierto. En él se mostraba Gayarre perfectamente de salud y de voz.

Durante nuestra permanencia en París, apenas si salíamos del recinto de la Exposición.

Despues de haberla visto bien, proyectábamos un viaje por Holanda, aunque Julian quiso tomar antes las aguas de Luchon, para acabar de afirmar su salud.

—Pues qué, ¿sientes algo?—le pregunté.

—No; pero bueno es tomar precauciones para el invierno.

Fuimos, pues, á Bagnères de Luchon Gayarre y yo, quedando en volver á París para reunirnos á otros amigos y emprender el proyectado viaje á Holanda.

Una vez en Bagnères de Luchon, comenzó Gayarre á tomar las aguas y.... á ponerse triste.

Sin que supiéramos la causa, caía en unos accesos de melancolía que le duraban mucho tiempo.

Generalmente, despues de almorzar dábamos grandes paseos por aquellas montañas vecinas, que duraban hasta el caer de la tarde.

Julian fué toda su vida grande amigo de andar mucho y de no estarse quieto ni descansado apenas; era un verdadero andarín.

En estos paseos observé desde el primer día que apenas nos alejá-

bamos del pueblo, despues de un largo silencio empezaba siempre su conversacion con estas ó parecidas palabras:

—Mira, Julio, si llego yo á faltar, es menester que hagas... (y aquí me daba sus instrucciones para el caso de que le ocurriera una desgracia).

Otras veces decia:

—Cuando yo me muera....

Al principio no me fijé; pero esta misma conversacion volvió á sacármela diferentes dias, hasta que uno de ellos no pude menos de exclamar:

—¡Pero, hombre, Julian! ¿Hemos venido á Luchon para hablar de muertes?

—No—me contestó con acento entre indiferente y triste;—pero bueno es pensar en todo. ¡Quién sabe lo que puede suceder!

Yo le oía, observaba su tristeza y procuraba distraerle cambiando de conversacion; pero nada, siempre lo mismo. ¿Presentía algo?

Un día caminábamos por la falda de una montaña, con objeto de llegar á la cumbre, y Gayarre comenzó á subir aquella cuesta á paso ligero y cantando al mismo tiempo á toda voz *La Africana*.

—Voy á ver cómo están los pulmones—me dijo:

Yo no podia seguir el paso que llevaba, y quedé algo detrás, caminando despacio y oyéndole cantar. No le veía.

De repente cesó el canto, y oí que con voz entrecortada y anhelante llamaba: ¡Julio!... ¡Julio!...

Corrí precipitadamente y sobresaltado al oírle: tales eran sus voces.

Cuando llegué al sitio donde se encontraba, le hallé recostado en el tronco de un árbol, amoratado, desencajado, frio, y que apenas podia respirar ni hablar, mirándome fijamente.

Yo no sabia qué hacer. Le desabroché el chaleco y comencé con mi sombrero á darle aire en la cara.

—¿Pero qué es eso? ¿qué tienes? ¿qué te ha dado?—le preguntaba.

—Nada; no hay que apurarse, no es nada—me contestó despues de un buen rato.—Ya va pasando.

Y, en efecto, observé que volvía al rostro su color natural, y que sudaba mucho por la cabeza.

—Vamos á volver—le dije;—llamaremos un médico.

—¡Quita allá!—me contestó incomodado.—Esto no vale la pena.

Como subia corriendo y cantando, me ha dado una pequeña congoja y... no hay que acordarse más de ello. No digas siquiera que he tenido tal cosa.

Unos dias despues debíamos ir por la noche al Casino, donde habia anunciadas no recuerdo qué funciones.

Bajábamos la escalera del h6tel. Gayarre iba delante, yo le seguia, y detras de mí venia el criado Angel alumbrando.

De repente, y con la rapidez del rayo, se volvió y echó á correr la escalera arriba, gritando:

—¡Seguidme!

Corrimos tras él, y cuando llegamos á la habitacion ya estaba tendido sobre la cama, tiritando de frio y amoratado.

—Voy á llamar un médico—le dije.

—¡No!—gritó incomodado.—Estáte quieto.

Le metimos en la cama, echamos encima todas nuestras mantas de viaje, le dimos té muy caliente, con *cognac*, y comenzó á entrar en reaccion y á sudar.

—¿Pero por qué no llamar un médico?—insistí otra vez yo.

—Porque esto no vale nada. Son ataques nerviosos, que pasan en seguida con un poco de reposo... Dejadme dormir.

En efecto: poco despues cerró los ojos y comenzó á dormirse con un sueño tranquilo.

Angel y yo estuvimos hasta muy entrada la noche en su habitacion; pero visto que el sueño continuaba normalmente, nos retiramos.

Al otro dia se levantó á la hora de costumbre, como si nada hubiera pasado,

Yo no estaba tranquilo. Aquellos ataques me preocupaban.

Quise aconsejarle repetidas veces que consultara con un médico. ¡Imposible! Ni queria oirlo siquiera.

—¿Crees que soy algun don Aprensiones?—me contestaba muy serio.

Su criado Angel, tan preocupado como yo, me habia dicho la noche del ataque:

—¿Cree usted que volveremos á París para hacer ese viaje de Holanda?

—No—le contesté.—Creo que á donde debe ir el señorito es á Roncal. Nada le prueba como aquello.

—Tiene usted razon. ¡Si usted le convenciera!

Y, en efecto, á los dos dias le dije á Gayarre:

—Mira, Julian: yo no tengo humor de volver otra vez á Paris, ni mucho ménos de ir á Holanda. Creo que lo mejor y más acertado es que nos volvamos á España. Tú en ninguna parte te pones tan bien como en Roncal, y para tí no hay baños ni aguas como una temporada allí. Si quieres, te acompañaré unos dias, y si no, me vuelvo á Bilbao.

—Tienes razon—me contestó despues de un rato.—Creo que en Roncal lo pasaremos bien y que aquello me probará tan perfectamente como siempre.

Dos dias despues nos poníamos en camino para España.

Hicimos paradas en Pau y en Bayona, y desde este último punto nos fuimos derechos á Roncal.

Gayarre era ya otro hombre: sus melancolías habian desaparecido, estaba alegre y contento, y en su semblante no se observaba el más pequeño síntoma de dolencia ninguna, sino todo lo contrario, respiraba vida y salud.

¿Sentía él algo, sin embargo? Nada puedo decir, porque nada me dijo.

Lo que sí he sabido despues es que al médico del valle, don Leon Martinez, le llamó la atencion aquel verano que cuando Gayarre jugaba á la pelota, ejercicio al cual era muy aficionado, se llevaba á menudo la mano al corazon, cosa que nunca le habia visto hasta entonces.

¿Estuvo realmente interesado el corazon en la dolencia que lo llevó al sepulcro?

No lo sé; pero como él nada de esto dijo, ni de nada de esto, que yo sepa, se quejó nunca, es muy difícil que los ilustrados doctores que le asistieron lo tuvieran en cuenta.

El propio verano, segun un grande amigo suyo me ha referido, hablándose en el Casino de Roncal sobre la larga vida de algunos cantantes, este amigo le dijo:

—Tú tambien, Julian, eres hombre para mucho tiempo.

A lo cual él contestó:

—¡Ay, chico!... ¡Si me lo hicieras bueno!

Pero me contaba que esto se lo dijo con un acento tan triste, tan dolorido, tan arrancado de lo profundo del alma, que impresionó hondamente á cuantos lo oyeron.

A fines de Setiembre abandoné yo el Roncal, dejando allí á Gayarre alegre y contento, al parecer, en el seno de su familia y al lado de amigos tan cariñosos como Pepe Elorrio, Leon Perez y otros paisanos suyos.

—Supongo que este invierno vendrás á Madrid una temporada. Ya sabes que estoy contratado allí—me dijo al despedirme.

—Procuraré ir—le contesté.

—Pues hasta Madrid.

—Adios.

Y nos despedimos, dirigiéndome yo á Bilbao para dedicarme á mis habituales ocupaciones.

Diez dias justos hacia que me encontraba en Bilbao, cuando una noche, al retirarme á casa, me encontré sorprendido con el siguiente telegrama:

«Alsásua 27 Setiembre.

»En el tren de mañana llegaré á esa, para curarme tremendo constipado.

JULIAN.»

Así fué: al dia siguiente entraba Gayarre por mis puertas, hecho lo que se llama una lástima. Su amigo el doctor Achucarro le visitó en seguida, ordenándole que se acostase, y en cuatro dias el constipado habia desaparecido por completo.

Su salud y su buen humor eran excelentes. Despues de comer, aun cuando lloviese á cántaros, emprendia su paseo al lindo pueblecito de Santurce, para sentarse allí en la Virgen del Mar y ver venir la noche contemplando el hermoso paisaje y las agitadas olas, que se deshacian en rizados copos de blanca espuma al pié de la montaña.

Un dia, al volver del paseo, me dijo:

—Oye, Julio. Tienes que hacerme á todo trance propietario en la Virgen del Mar. Es un pueblo delicioso, y quiero edificar allí una casa para venir los veranos con mi Fermina y mi Valentín.

—Veremos de conseguirlo.

—Lo he pensado bien, y estoy resuelto á que Santurce sea mi lugar de descanso los veranos.

Así las cosas, se aproximaba el tiempo de ir á Madrid para empezar la temporada.

Debía debutar con *Lohengrin*, y todas las noches se pasaba largos ratos en el piano repasando esta ópera y *Mefistófeles*.

A mediados ya de Octubre, me dijo:

—Mañana me voy; pero no directamente á Madrid, sino á los baños de Alhama. Creo que me será muy conveniente tomar unas inhalaciones antes de comenzar mi trabajo, para estar bien y seguro de la voz durante la temporada de invierno.

Al día siguiente ¡día inolvidable! se levantó temprano, y emprendimos el camino de la estación del Norte, pues el tren debía partir á las nueve de la mañana.

Era un día hermoso, en que el sol brillaba en un cielo todo azul.

—¡Adios, querido Julio!—me dijo, dándome un apretado y cariñoso abrazo.—¡Hasta Madrid!

—¡Adios, Julian!—le contesté.

¡Ay! ¡Aquel era el adios... para siempre!

El tren se puso en marcha con pausado movimiento. Yo me quedé en el andén viéndole partir.

Gayarre, asomado á la ventanilla del coche, seguía despidiéndome con la mano.

.

¡Ya no le vi, ni le veré más!

(De las *Memorias de Julian Gayarre*.)



MEMORIAS DE JULIAN GAYARRE.



Vamos llegando al término desdichado de estos apuntes.

Gayarre estuvo en Alhama hasta el día 20 de Octubre, en que regresó á Madrid para empezar la temporada, que dió comienzo el día 31 con la hermosa partitura de Wagner, *Lohengrin*, cantada por él, en union de la Arkel, la Sthal, Tabuyo, Navarrini y Vanrell, bajo la direccion del distinguido maestro Luigi Mancinelli.

Reciente está todavía aquella representacion para detallar aquí el extraordinario éxito que obtuvo, siendo la opinion de inteligentes y aficionados que aquel *Lohengrin* era el que mejor se habia oido en el regio coliseo.

Al *Lohengrin* siguió el *Mefistofele*, en cuya interpretacion, con la señora Kupfer, alcanzó Gayarre, como siempre, calurosos aplausos, sobre todo en el epílogo, que acaso nunca en su vida lo cantó como entonces.

Aquellas célebres frases:

*Giunto sull' passo estremo
della piú estrema età,
in un sogno supremo
si ve a l' anima già,*

elevaron el entusiasmo del público hasta el fanatismo.

El día 7 de Noviembre me escribia:

«No dejes á todo trance de hacerme propietario en Santurce, y cómprame todo el terreno que puedas en aquel punto.

»Ya llevo tres funciones hechas: dos de *Mefistofele* y una de *Lohengrin*, las tres con el éxito de siempre, y esto á pesar de un constipado

feroz que tomé cuando llegué á Madrid, y del que no he podido desembarazarme.

»La voz está perfectamente. ¿Durará? No estoy seguro del todo, pero confío en mi buena estrella; y entretanto, voy haciendo funciones, y más tarde veremos lo que viene.»

Después de *Mefistofele* cantó la delicada y bellísima ópera de Bizet, *I Pescatori di perle*, en la cual, como decia muy bien un crítico, no hay más que un personaje: Gayarre.

Él mismo me daba cuenta de la representacion al escribirme así:

«Anoche *Il Pescatori di perle*. Gran triunfo, como podrás verlo por la prensa, que viene muy bien. Sin embargo, no las tengo todas conmigo, pues todavía no he cantado ni *Favorita*, ni *Africana*, ni *Hugonotes*, y temo por la resistencia; pero entretanto todo va bien, y en lo que va de mes llevo cantados tres *Lohengrin*, cuatro *Mefistofele* y una de *Pescatori*, que representan un trabajo bastante fuerte.»

Como se ve, tanto por este párrafo como por el anterior, á pesar de los éxitos, en su espíritu se levantaba ya la duda acerca del estado de su voz, de la cual no se creía muy seguro.

Confieso que al recibir ambas cartas y ver en ellas las dudas que el interesado manifestaba, me venian á la memoria, sin quererlo, aquellas melancolías y aquellas indisposiciones de Luchón.

Cantó luego *Don Juan*, y aun cuando fué muy festejado, leí en un periódico que á pesar de los aplausos del público y de la insistencia con que se le pedía la repetición de las romanzas, no repitió ninguna de las dos que en dicha ópera canta el tenor; lo cual me hizo comprender que no debía encontrarse muy bien, pues jamás Gayarre se negaba á corresponder á los deseos del público dejando de complacerle.

Preocupado con esto, le puse un telegrama, al que me contestó en seguida.

«Estoy perfectamente de salud.

»JULIAN.»

Y al otro día me escribió diciéndome que procurase ir pronto por Madrid: carta que acabó de tranquilizarme, por coincidir con esta aleya telegráfica:

«Te ruegan los firmantes
que vengas cuanto antes:

Gayarre, Barbieri, Zapata, Elorrio, Raio, Carmena, Sanchiz.»

Es decir, firmada por todos los mejores y más cariñosos amigos del artista, que formaban su alegre y animada tertulia.

Gayarre, que á la amistad rendía un verdadero culto, no la prodigaba con esa facilidad de muchos que en seguida intiman con cualquiera que hayan saludado unas cuantas veces. No: necesitábanse tiempo y razones para ser su amigo; pero los que así se llamaban, lo eran de veras. En él no había términos medios con relacion á la amistad: ó amigo del alma, ó simplemente conocido.

La casa era más de ellos que suya, y verlos á su alrededor, hablar, reir, disputar, era su gran dicha.

¡Qué contento en aquel comedor de la plaza de Oriente!

Los cuentos saladísimos de Arrieta; los dichos oportunos de Barbieri; las ocurrencias de Zapata, inquieto y nervioso; las discusiones de Elorrio, razonador y justo; los discursos de Sanchiz, vivo y apasionado; las crónicas de Carmena, reflexivo y armonizador; las noticias de Raio, exacto y servicial como ninguno; la gravedad de Bernardo, todo contribuía á dar animacion y vida á aquel centro de amistad franca y sincera.

Otros amigos concurrían tambien; pero los dichos eran los constantes, los hijos, que constituían la base de la tertulia, cuyo recuerdo estoy seguro que vivirá en todos eternamente.

Cantando el *Don Juan* se habia encontrado ya Gayarre bastante endeble, y decidió no volver á salir á escena hasta ponerse bien de la afeccion laríngea que empezaba á sentir; pero á ruego de su amigo Ferrer, el conocido representante de la Empresa del Real, accedió á cantar una sola noche *Il Pescatore di perle*, porque creía hallarse mejor.

Esta noche fué la del 8 de Diciembre de 1889. Aquella misma mañana me escribía:

«Yo canto esta noche la última funcion por ahora, y pienso descansar un mes ó dos para combatir esta afeccion laríngea que me impide cantar con el desahogo á que estoy acostumbrado, y creo que lo conseguiré.»

¡Aquella noche debia ser, en efecto, la última que pisara la escena; pero no por ahora, como él pensaba, sino *para siempre!*

Segun me ha contado Pepe Elorrio, ese dia se sentia muy bien.

—Figúrate si estaria bien de voz cuando empezó, que en el dúo con el barítono, hablando con la señora de Barbieri, decíamos: «¡Cómo cantaríá esta noche Julian sus *Puritanos!*» Tales eran su claridad y su fuerza.

Nada, pues, se habia observado en Gayarre al comenzar la representacion. Por el contrario el dúo con el barítono lo cantó tan á maravilla, que hubo de repetirlo entre aplausos atronadores.

Llegó la romanza, y algunos comenzaron á notar algo extraño en su manera de emitir la voz, y tanto, que al acabar una nota aguda de la romanza, se quebró ésta en su laringe, haciéndole enmudecer. Era la primera nota que se le quebraba. Gayarre entonces, lleno de angustia, se llevó las manos á la frente, diciendo con profunda tristeza: «¡No puedo cantar!» Y retiróse en seguida, casi amagado de un síncope. Acudieron presurosas en su auxilio las personas que estaban en la escena, y lo acompañaron á su cuarto.

Inútil es encarecer la ansiedad de sus amigos y del público en aquellos minutos, que parecieron siglos.

Gayarre, merced á los cuidados y medicamentos que le suministraron, se encontró pronto bien, y dijo que no sólo continuaríá la representacion, sino que cantaríá la romanza en el último acto.

Llegó éste y comenzó, efectivamente, á cantar su romanza; pero al llegar á la misma nota, vió Gayarre que no podia, y haciendo un supremo esfuerzo la dió al fin, si bien rozada y no con la pureza y limpidéz de siempre.

El público, sin embargo, aplaudió con mayor entusiasmo que nunca, tributándole una ovacion casi frenética y haciéndde salir á las tablas innumerables veces.

Pero estas pruebas de afecto no calmaban aquel espíritu, contristado ya; y cuando cayó el telon, Gayarre, con dolorido acento, arrancado de lo profundo del alma, dijo:

—¡Esto se acabó!

¡Triste vaticinio!

Cuando se retiró á su casa, acompañado por Elorrio y el barítono Tabuyo, todos sus amigos, que no podian dejarle á solas en aquellos instantes, le esperaban en ella, para llevar á su espíritu los consuelos de la amistad.

Gayarre, con aquel dominio de sí propio que nunca le abandonaba,

supo ocultar sus emociones, y se manifestó jovial y hasta decidor con ellos.

Mientras cenaba, y contestando á Carmena, que le recordaba muchos grandes artistas á quienes les habia sucedido en ocasiones quebrárseles las notas y hasta quedarse sin poder cantar, le dijo:

—Despues de todo, no siempre me habia de ir bien: alguna vez tenía que pasarme un disgusto cantando...

Y luego añadió con resuelta ronrison:

—En fin; ya se ha pasado, y no hay que hablar más de ello.

Pero en su alma, como en la de algunos de sus amigos, se habia grabado profundamente aquella idea.

«¡Esto se acabó!» habia dicho Gayarre al sentirse por primera vez en su vida falto de voz; y cuando, muy avanzada la noche, salían de casa del ilustre artista sus amigos, no faltó quien dijese tambien:

Tiene razon Julian.—¡Esto se acabó!

¡Aquel fué el último momento de su vida artística; aquella la última nota de su incomparable garganta; aquellos los últimos aplausos de su gloria!

(De las *Memorias de Julian Gayarre.*)



MEMORIAS DE JULIAN GAYARRE.

Desde aquel día Gayarre sufrió una profunda alteración en su espíritu.

Según me ha referido su afectuoso criado Angel, aun cuando delante de los amigos y personas de su trato se manifestaba sereno y alegre, apenas quedaba solo caía en tristes desfallecimientos. Por las noches, singularmente, apenas descansaba, pasando la mayor parte de ellas intranquilo y nervioso.

Así las cosas, una de las tardes después de Navidad fui sorprendido por los periódicos de Bilbao con el siguiente telegrama:

«Gayarre enfermo del *trancazo*.»

Inmediatamente corrí al telégrafo y puse un parte preguntando lo que había, con intención de marchar á Madrid si la enfermedad era cosa de cuidado. Pero la respuesta fué tranquilizadora:

«No hay novedad. Mañana recibirá carta. Esté tranquilo.

GREGORIO.»

Y, en efecto, al siguiente día recibí la carta que inserto á continuación:

«Mi querido amigo Julio:

»Recibí su telegrama, que contesté en seguida, y hoy lo amplío diciendo que, en efecto, á Julian le tenemos en cama hace cuatro días, con un caso de *grippe*.

»Anteanoche, el martes, de once á doce, le dió un ataque tan fuerte, que creímos que no lo resistía. Esta noche la pasó mal; pero ayer se inició el alivio, y pasó el día relativamente bien. La noche ha sido mejor si cabe, y el termómetro solo marca 38 grados de calor.

»Confiamos que seguirá la mejoría, á juzgar por las apariencias y el estado de ánimo de Julian. ¡Quiera Dios que así suceda! Pero hemos pasado unos días muy malos, amigo Julio. ¡Vaya una Pascua!

»Doy á usted estas noticias porque los periódicos de hoy las publican alarmantes respecto del estado de Julian. No se alarme usted tambien; la cosa no ofrece la gravedad que suponen los periódicos; y tan es así, que esta noche haré que rectifiquen.

»Menos Evarista y yo, todos han estado enfermos; hasta el criado Angel hoy es el primer día que se levanta.

»Recuerdos de toda esta familia y de su buen amigo

GREGORIO.»

Al siguiente día de recibir esta carta caía yo á mi vez enfermo de la epidemia reinante, y con una fiebre de 39 grados que me impedía pensar siquiera en ponerme en camino.

Todos los días, sin embargo, tenía detallada carta de los amigos Elorrio y Sanchiz, dándome noticias del enfermo, que si bien no eran muy satisfactorias, tampoco revelaban gran alarma. Aquellos amigos, guiados por los mejores deseos, me ocultaban sin duda la verdad.

Pero esto, desgraciadamente, no podía durar mucho. El día 31 de Diciembre recibía un telegrama y carta de Pepe Elorrio, diciéndome:

«Te acabo de poner un telegrama sobre el estado de Julian, que es grave, por desdicha.

»Nuestro querido amigo está verdaderamente de cuidado, sobre todo desde ayer, que se le presentó una afección pulmonar; pero confiamos en la eficacia de los medicamentos enérgicos que le aplican doctores como Salazar y San Martín, después de constante asistencia y detenidas consultas.»

Así decía la carta; y desde aquel instante todas las noticias que llegaban eran cada vez peores:

«Julian, acabándose por momentos.»

«Se agotan todos los recursos. Imposible salvación.»

«Perdidas por completo todas las esperanzas.»

Finalmente, en la mañana del 2 de Enero recibí la fatal noticia en el siguiente despacho:

Madrid, 2 (6, 15 m.)

»Nuestro querido Julian ha fallecido á las cuatro y veinticinco minutos de esta madrugada rodeado de la familia y amigos, y agotados los recursos de la ciencia.

ELORRIO.»

¡Todo habia concluido! ¡El gran artista, el amigo del alma, ya no era más!...

No fuí testigo de aquellos tristes últimos momentos. Enfermo tambien en cama, no pude ni verle, ni escuchar su último adios...

Pepe Elorrio es el que tuvo ese consuelo, y he aquí, en larga y detallada carta que me escribió, descritos los postreros instantes de Julian Gayarre.

Su relacion es el testimonio de la verdad de cuanto acaeció en tan crueles momentos, y por eso la publico. Dice así:

«Madrid Enero 90.

»Queridísimo Julio:

»¡Qué amigo hemos perdido!... He conservado mi serenidad á fuerza de nervios; al fin no he podido resistir más, y he tenido que volverme desde Pamplona, enfermo del cuerpo y más enfermo del alma, porque ya mi espíritu estaba rendido completamente.

»Aquí en esta tu casa, recogiendo mis recuerdos, voy á contarte, ahora que todo ha concluido, la historia de la enfermedad de nuestro inolvidable Julian, porque sé que en saberla tendrás un consuelo, y porque comprendo perfectamente tu curiosidad por conocer todo cuanto con aquellos tristes instantes se relaciona.

»Sintióse Julian enfermo la noche del domingo 22 de Diciembre, hallándose jugando á la *siete y media* en aquel gabinete de la casa de Cataldi que ya conoces, conmigo y con Zapata, Sanchiz, Millan, Carmen, Raio y Bernardino Zaragoza. A cosa de las once y media dije yo que me retiraba para ir al Real á oír el último acto, y al despedirme, me dijo Julian:

»—Adios, Pepito; mañana cuando vengas me encontrarás en la cama, pues me duele todo el cuerpo. Ya he pillado ese famoso *dengue*.

»Esto me lo dijo sonriéndose y casi de broma.

»Así fué en efecto, pues cuando al día siguiente fui á verle le encontré en cama, y lo primero que me dijo fué que habia llamado al médico, porque habia pasado una noche muy agitada en un estado de gran excitacion nerviosa y con alguna fiebre.

»—La pobre Arkel—añadió,—que duerme en la habitacion de abajo, habrá estado divertida con mis gritos, pues toda la noche la pasé como delirando á voces; debe estar furiosa contra mí.

»En los momentos en que esto me decia se hallaba ya tranquilo y con muy poca fiebre. Sudaba bastante.

»Dió la casualidad que entonces llegó el doctor D. Mariano Salazar, que, como sabes, era su médico, y le encontró algo nervioso, pero bien.

»Así pasó todo el día y noche del 23 al 24, en un estado bastante tranquilo y sin que el médico notara ninguna novedad.

»Yo no me separaba de él, y todos sus amigos íntimos estaban tambien en la casa.

»A las siete de la tarde comimos allí con Valentin y Gregorio, que se retiraron temprano porque no andaban muy buenos uno ni otro, pues estaban algo acatarrados.

»A las once de la noche, Carmena, Raio y Bernardo jugaban á las cartas en el gabinete, y yo, con la Marieta, estaba en el cuarto de Julian haciéndole compañía y leyéndole *La Correspondencia*, cuando de repente dió un grito, diciendo:—¡Yo me muero!—y se puso en pie.

»Excuso decirte nuestro sobresalto y apuro. Le agarramos y le volvimos á echar en la cama, tapándole bien, pues todo su cuerpo temblaba extraordinariamente. Marieta trajo corriendo una taza de tila, que le tranquilizó.

»—No sé lo que me ha dado, no sé lo que me ha dado....—nos decia.

»Ya comprenderás cuánto nos asustamos todos. Raio, á pesar de encontrarse bastante enfermo, corrió en seguida á llamar al doctor Salazar, que vino apresuradamente, y Bernardino fué tambien, por encargo mio, á la calle Ancha, á avisar á Gregorio de cuanto sucedía.

»Carmena y yo quedamos, con Marieta, cuidándole, pues el pobre Angel estaba tambien enfermo en cama, bastante grave, en el cuarto próximo al pasillo.

»Gregorio acudió presuroso, y la noche se pasó con relativa tranquilidad.

»Desde el día siguiente, el doctor Salazar lo visitaba á cada momento, reconociéndole cuidadosamente. La fiebre aumentaba y disminuía, sin desaparecer nunca; estábamos intranquilos, pero nadie creía en la gravedad.

»En vista de esta pertinaz fiebre y de que nada se adelantaba, de acuerdo con Salazar se llamó al doctor San Martín á consulta, sin que pudiera venir también el doctor Sánchez Ocaña, por encontrarse enfermo. Después se llamó asimismo al doctor Cortezo; pero todo inútil.

»Su cuñada Gabriela, así como Fermina y Evarista, no se separaban un instante de su lado. Gabriela sobre todo, no dormía ni de día ni de noche; siempre á la cabecera del enfermo, cuidándole con un cariño y una solicitud de que no puedes formarte idea. No sé de dónde sacaba fuerzas para resistir tanto; se portó como una santa. Toda la familia y los amigos estábamos también allí: el bueno de Damian no paraba ni de día ni de noche en ir y venir á la botica; fué un milagro que no cogiese una pulmonía en aquellos días horribles.

»La noche del 31 de Diciembre fué tremenda. ¡Qué entrada en el nuevo año!

»El estado de Julian se agravaba por momentos, las medicinas no obraban ya, y poco antes de amanecer su estado era tal, que avisamos á la parroquia de Santiago para que viniera la Uncion. Llegó el sacerdote con los últimos Sacramentos. ¡Qué escena aquella, Julio! La presenciábamos toda la familia, Carmena, Sanchiz y yo...

»Luego vino el canónigo D. Fermin Echevarria, que tan excelente y bueno fué siempre con el pobre Julian, y se constituyó en la casa, no abandonando ya más un instante á su amigo querido hasta darle cristiana sepultura en el Roncal.

»Los médicos ordenaron inyecciones hipodérmicas, que con el doctor Salazar se las daba también el amigo Sanchiz. Todos estábamos aterrados.

»Por la tarde se rehizo algo el enfermo, y parecía tener nuevos bríos. Estando en su cuarto con Gregorio, Gabriela, Fermina y Evarista, se incorporó un momento y nos dijo:

»—No tengo miedo a morir: si ha de venir la muerte, que venga cuando quiera; pero ver de buscar á aquel...

»No se acordaba del nombre, y nosotros se lo recordamos: era el doctor Sánchez Ocaña por el que preguntaba.

»—¡Ese, ese!...— siguió diciendo.—¡Algún médico viejo, á ver si puede hacer algo!

»—Ya vendrá—le contesté.

»Y salí loco de allí. Marcos Zapata me acompañó. Ducazcal, que con otros muchos amigos del insigne artista habian invadido la casa, ansiosos de saber y poder hacer algo, me metió con Zapata en su coche, que á todo escape nos llevó á Recoletos, á casa del doctor don Esteban Sanchez Ocaña.

»Subí á verle, y no pude conseguirlo porque estaba en cama muy enfermo. Hablé con una de sus hijas, que comunicó á su padre mi pretension; pero era imposible acceder á ella, y me dijo que lo sentia en el alma, quedándole el consuelo de que no podia estar Gayarre mejor asistido que por su compañero el doctor Salazar.

»En vista de esto, corrimos en seguida á casa del doctor Capdevila, y este sabio anciano, á pesar de lo crudo del dia, vino en seguida á verle. Lo examinó detenidamente y salió desesperanzado, manifestando que no podia hacerse más ni otra cosa que lo que habian hecho y hacian sus compañeros.

»Cuando no estaban juntos, alternaban en la asistencia Salazar, San Martin y Cortezo; ellos mismos le daban las medicinas.

»¡Todo inútil; tenia que morir y murió sereno, tranquilo, como un valiente!...

»Cuando ya caía la tarde y empezaban las primeras sombras de la noche, nos pidió un espejo, se incorporó un poco y se miró muy tranquilo un rato, diciendo luego:

»—Pues no tengo la cara tan desfigurada como pensaba. Creía estar peor.

»A la una de la noche, conociendo ya su próximo fin, estrechaba la mano á su idolatrado sobrino Valentin, en señal de despedida eterna, indicándole que se retirase, y luego añadió:

»—¡Es muy joven para ver esto!

»Fué una escena terrible.

»Nos preguntó despues qué ópera se habia cantado aquella noche. Yo iba á contestarle la verdad, que era el *Don Juan*; pero Cortezo, que no se separaba de allí, asistiéndole y ayudándole como un hermano, le contestó en seguida: *La Hebrea*, para no suscitarle tantos recuerdos, é hizo perfectamente.

»Pasaron así algunos instantes de silencio, y luego añadió:

»—Tres tenores, verdaderos tenores, ha tenido el Real: Mario.. ., Tamberlick ..., Gayarre ... ¡Esos, esos!. ..

»Todos estábamos ahogados por el llanto presenciando aquella horrible y larga agonía. ¡Qué grande fué muriendo!

»Una de las veces me dijo:

» —Ahora no dirán que no sé morir... ¡Esto no es el teatro!

»Despues quedóse muy postrado, oyéndose sólo el estertor de su agonía.

»El último momento estaba próximo.

»—¡ Fernando! ... ¡Fernando!—dijo.

»Y espiró. Eran las cuatro y veinticinco minutos de la madrugada.

»Unos momentos antes habíamos retirado á las pobres mujeres, locas de dolor.

»Yo le cerré los ojos, Gregorio le cerró la boca. Todos llorábamos arrodillados, mientras Echevarria, á la cabecera, rezaba las últimas oraciones. ¡Qué escena tan terrible, amigo Julio! ¡Qué momentos tan crueles! ... Estoy llorando como un niño al recordarla y escribirté.

.

»Pasado algun tiempo, y haciendo un supremo esfuerzo para serenarnos un poco, empezamos Gregorio, Valentin y yo á tomar algunas disposiciones, teniendo entre los amigos allí reunidos un principal elemento que se encargó, lleno de cariñoso interés, de todo: el buen Sanchiz, que ahogando su pena, conteniendo sus sollozos, salió á las cinco y media de aquella triste y fria madrugada, para ocuparse de todo y organizar el solemne acto del entierro. Sin verlo no puedes comprender lo que corrió, lo que escribió, lo que anduvo...

»Yo no quise separarme de Julian hasta dejarlo enterrado en Roncal; pero ya lo sabes, resistí hasta Pamplona; allí me faltaron las fuerzas, no pude más, y regresé enfermo á Madrid.

»Tuyo amigo del alma,

PEPE .»

Tales fueron los últimos momentos del grande artista que se llamó Julian Gayarre.

Pocos dias despues, Marcos Zapata me escribia, con motivo del triste acontecimiento, las siguientes líneas, que conceptúo el mejor comentario al duelo nacional. Decía el poeta:

«Querido Julio: ¿Cómo darte cuenta de los últimos momentos de

un gran espíritu, que ha justificado en su agonía todo lo que es propio de los artistas inmortales?

»El hombre era tan grande como su fama.

»Su recuerdo vivirá siempre en la nación y en el mundo: su alma encarnada en nosotros, tanto como nosotros mismos.

»Nos queda un orgullo: haber logrado la intimidad del finado.

»Consolémonos y tengamos filosofía, pues la vida, querido Julio, es un intervalo, un *hasta luego* que dan los vivos á los muertos.

»Tuyo entrañable amigo,

MARCOS ZAPATA.»

A la vez de esta carta, me fué dirigida otra por el eminente escritor, maestro mio, y en el arte del bien decir, D. José de Castro y Serrano, que aun cuando no de los asiduos, era grande amigo de Julian Gayarre, de cuya estima gozaba tambien en alto grado. Me escribía á mí, porque no teniendo aún entonces intimidad con la familia como la tiene hoy muy cariñosa, me conceptuaba uno de los llamados á recibir en duelo. Esta interesante carta contenía, entre otros párrafos, los siguientes:

«¡Qué fatalidad pesa sobre nuestra pobre España! Se nos mueren Fortuny, Rosales, Gayarre, todos en la flor de la vida y en la ocasion de ofrecer sus mejores frutos.

»Cuando desapareció el primero, escribí yo que no moría un hombre, sino un pedazo de arte; ahora, al enterrar al último, puedo añadir que no muere un cantor, sino una escuela entera de canto.

»Gayarre no divertía con su garganta, asombraba; más que músico, era tribuno. Usted, que anda entre oradores jóvenes, ¿ha oído alguna vez palabra tan insinuante, tan persuasiva, tan avasalladora como la de Gayarre ante el público? Los afectos que expresa la música, ¿se han revelado alguna vez en periodos más elocuentes?

»Todas las artes tienen algo de afeminacion, menos el arte de cantar en Gayarre, que era siempre viril y, sobre todo, humano. Por eso quizá cuando él sospechaba cierta deficiencia en su voz, á que los maestros oponían la idea de que lo que perdiese en frescura lo ganaría en aliño, Julian replicaba con esta hermosa frase, que llegará á ser célebre: *«Yo no comprendo la plenitud del sol más que á las doce del día: á las doce y cuarto ya es ocaso.»*

»Pero Gayarre se equivocaba, amigo Enciso; si él estaba enfermo

como hombre, no estaba enfermo como cantor: yo le oí la penúltima noche que salió á la escena y quedé maravillado.

»Julian ha muerto para el arte á las doce del día.

CASTRO Y SERRANO.»

(De las Memorias de Julian Gayarre.)

VARIEDADES EUSKARAS.

PREGUNTA 86. ¿Cuál es el origen del apellido *Doilataguerra*, que no figura en la «Colección alfabética de apellidos bascongados» de D. José Francisco Irigoyen? Hay verdadero interés en saberlo.



RESPUESTA A LA PREGUNTA 84.¹ palabra *ain*, es la contracción común y ordinaria en el lenguaje vulgar en el Labourd, de la terminación *aren* del genitivo. Por ejemplo, *Be ain* sería *be-aren*, es decir «(lugar) de abajo».

JULIEN VINSON.

Paris, 6 de Marzo de 1892.

(1) Véase pág. 154.

MEMORIAS DE JULIAN GAYARRE.

La muerte de Gayarre fué un día de luto inmenso en Madrid. Para España era la desaparición de una gloria nacional; para el arte, la pérdida de una de sus más lucientes estrellas.

Nunca como entonces se ha podido decir con más razón que se asoció al duelo general el *todo* Madrid.

A la vista tengo las listas colocadas á la puerta de la casa en que habitaba el gran artista en la plaza de Oriente, é imposible sería publicar todos los nombres allí inscritos sin componer un grueso volumen.

Desde la más alta aristocracia hasta las más modestas clases populares, todos pusieron allí su firma asociándose al dolor de tan irreparable pérdida. La prensa toda de España y del extranjero se hizo eco de aquella desgracia, publicando artículos llenos de pasión y de elogios á su memoria.

El cadáver, embalsamado, se colocó sobre un túmulo, velándole constantemente sus mejores amigos, hasta la tarde del día 3, en que se le condujo á la estación del Mediodía para ser trasladado al Roncal.

Habia que cumplir el deseo expreso del difunto, que en su disposición testamentaria pedía que sus restos fuesen á reposar en su querido valle, al lado de los de sus padres y hermanos.

Jamás presencié Madrid ceremonia fúnebre semejante. Aquella manifestación de duelo, ni tenía precedentes, ni es fácil que se reproduzca.

Desafiando el frío, la nieve y la epidemia, Madrid entero se lanzó á la calle, agolpándose á la carrera por donde había de pasar el fê-

retro, ante el cual todos se descubrían y en muchos ojos asomaban las lágrimas.

Presidían el duelo su director espiritual, el canónigo de la catedral de Madrid, don Fermin Echevarria; su sobrino y heredero don Valentín Gayarre, su primo don Gregorio Garjón y su amigo don José Elorrio.

Las cintas del ataúd eran llevadas por los señores Arrieta, Barbieri, Mancinelli, Zapata, Sanchiz, Carmena, Ferrer, Millán, Marconi, Marin, Raio, Labán y Zapatero.

Cuando iba el cadáver por la Puerta del Sol, donde materialmente no cabía la concurrencia, sucedió lo que parece un contrasentido, pero que era una protesta contra la muerte implacable que arrebatava en la plenitud de su vida á una gloria nacional. Fué el grito, por miles de bocas expresado, de: ¡Viva Gayarre!...

Era la última ovacion tributada al artista: Gayarre como el Cid, conseguía victorias despues de muerto.

Todos los periódicos publicaron largas reseñas de aquel memorable entierro, sobre cuyos detalles, como yo tuve la pena de no poder asistir, copio el relato de *El Liberal*, por ser de entre ellos el más completo. Dice así:

«Desde las dos de la tarde, y á pesar de lo desapacible del tiempo, una multitud inmensa se agolpaba en la plaza de Oriente y calles inmediatas, deseosa de saludar el cadáver de Julian Gayarre, del tenor predilecto del púbilco madrileño, de la gloria nacional.

»Desde hacía próximamente dos meses, el tiempo sereno y el cielo despejado, con una persistencia desesperante, reinaban todos los días. De pronto la decoracion ha cambiado. El día de ayer amaneció preñado de nubes. Poco despues de medio día empezó á nevar. Los copos menudos de nieve sembraron por toda la carrera una alfombra blanca: la Naturaleza celebraba una muerte azotando á los vivos con su inclemencia.

»Con una imprevision lamentable, que pudieran disculpar atenciones urgentes de salud pública, el Gobernador no habia tomado medida alguna para impedir que el gentío se aglomerase en la carrera, haciendo imposible la marcha ordenada del cortejo fúnebre.

»Un conservador de autoridad decía al contemplar aquel espectáculo: «La silba de Cánovas estuvo mejor organizada.»

»El desorden ha sido magnífico. Un pueblo entero desbordándose

poseído de dolor y de curiosidad, que, abandonado á sus instintos, y sin la débil muralla de algunas parejas de la Guardia civil á caballo, se hubiera repartido á trozos el cadáver.

»Por espacio de algun tiempo creyóse imposible depositar la caja en la carroza. La manifestacion tomaba carácter de asalto.

»Colocadas todas las coronas en el coche fúnebre, que llegaron hasta el número de noventa, aquello, segun dice un periódico, parecía un inmenso jardin. Las molduras y armazón de la carroza estilo Luis XV desaparecian bajo tantisimas flores.

»Minutos despues de las tres fué bajada, en hombros de los amigos, la caja que guarda los restos de Gayarre y colocada en la magnífica carroza, tirada por ocho caballos, llevados por palafreneros y lacayos.

La corona de la familia de Julian descollaba entre todas por su sencillez y hermosura. De violetas se componia en su mayoría, viéndose en sus cintas de seda negra la siguiente dedicatoria: *¡A nuestro inolvidable Julian!*

»De madre selvas y violetas se compone tambien la que le dedican sus amigos. En una de sus cintas se lee esta frase: *¡Al amigo del alma!* Y va dedicada por Elorrio, Enciso, Zapata, Carmena, Sanchiz, Andrés, Raio, Zaragozano y Labán.

»En otra, de la señora de Barbieri, se leen estas palabras: *¡Como el de casa, ninguno!* Esta era la frase con que contestaba el padre de Julian á los que le hablaban con elogio de otros tenores.

»La corona regalo del tenor señor Marconi es de grandes proporciones. En ella se lee: *All' amico Gayarre.*

»La de la señorita Arkel es muy artística. Su dedicatoria es la siguiente: *Ricordo á Julian Gayarre della sua compagna e vera amica Teresa.*

»Enviaron tambien coronas la Redaccion de *El Resumen*, Amalia Paoli, Ibáñez, señora de Pavía, el director del sexteto de Lara, señor Oller; Ventura Navas, Angel Villodo é Isaac Fernández, José María Esteban, Julian Romea y Juan Pavía.

»El señor Uetam telegrafió ayer mañana desde Roma á su cuñado, el distinguido actor del teatro de la Comedia don Juan Balaguer, para que le representara en el entierro de Gayarre, rogándole tambien depositara una corona sobre los restos de su querido amigo. Esta última parte no ha podido cumplirse, por haber recibido el telegrama ayer tarde, cuando ya el entierro se dirigia á la estacion de Atocha.

»El ilustre tenor señor Stagno, en cuanto recibió la noticia de la muerte de Gayarre, puso un despacho concebido en los siguientes términos:

»La muerte de Gayarre representa un luto para el arte. Ruego á usted sea intérprete, cerca de la familia del finado, de mi profundo dolor ante tanta desventura.— *Stagno.*»

»Al mismo tiempo el célebre artista telegrafió al señor Amodio encargándole una corona con la dedicatoria siguiente: «Al más eminente de mis compañeros, Julian Gayarre, afectadísimo, rinde el último homenaje *Roberto Stagno.*»

»Esta corona ha sido depositada ayer sobre el féretro del infortunado cantante.

»En las primeras horas de ayer mañana se recibió un expresivo telegrama de la señora Nevada y del señor Strakosch, uniéndose de corazón al gran sentimiento que en España ha producido la muerte del rey de los tenores, Julian Gayarre, y anunciando el envío de una corona.

»El director del periódico *La Riforma*, de Roma, telegrafió ayer mañana al señor Rossi que le representara en el entierro de Gayarre, y añadiendo que el duelo de España era el duelo de Italia. El señor Rossi depositó una corona sobre el féretro del gran artista, en nombre de *La Riforma*, como el último tributo de admiración de los que le lloran en Italia.

»Varios periodistas depositaron también una corona, en cuyas cintas se leía: «Al inmortal Gayarre, sus admiradores Gil Asensio, Millán, González, Febrer, López Mora, Arimón, Moya, Aura Boronat, Abascal, Ferreras, Bethencourt, Guerrero, Navarrete, Enrique Martínez, Perpén, Narciso Martínez.»

»En el Conservatorio se depositaron también varias coronas de los profesores y alumnos: al pasar por frente al Casino de Madrid, envió la Junta directiva una cruz de gran tamaño, formada por violetas naturales, y las Empresas y artistas de los teatros de la Comedia y Español otras muchas, formando un total verdaderamente incalculable.

»También el señor Vico, por su cuenta, separado de los demás artistas, entregó una corona en la calle del Prado. La corona se componía de los últimos laureles aún no marchitos del gran artista español.

»En el momento de ponerse en marcha la carroza, la plaza de Oriente presentaba un aspecto indescriptible. La manifestación ofre-

cía caracteres singulares. En todas las casas de la carrera se asomaba la gente á los balcones, adornados por multitud de cabezas infantiles. Los padres enseñaban aquel espectáculo magnífico é imponente á sus hijos, persuadidos de que, por mucho que vivieran, no lo volverían á ver.

»El público de la calle se apiñaba en derredor del coche fúnebre. Todos querían ver de cerca la caja mortuoria. Las señoras eran las más intrépidas para resistir la nieve y los empellones de la muchedumbre. Muchas mujeres del pueblo, que probablemente no habrán oído nunca al gran tenor, lloraban á lágrima viva. Eran las lágrimas más sinceras, más desinteresadas, las que lamentaban la pérdida del hombre en la fuerza de su vida y de su genio.

»Frente á la fachada del teatro Real estuvo á punto de ocurrir un conflicto. Los guardias civiles y de orden público no eran suficientes para contener aquella avalancha de gente.

»La orquesta del Real, dirigida por el insigne Mancinelli; aquella orquesta que habia acompañado tantas veces á Gayarre en sus papeles de Arthur, en *Los Puritanos*; de Raul, en *Los Hugonotes*; de Juan de Leyden, en *El Profeta*; de Fausto, en las óperas de Gounod y de Boito; de Lohengrin, en la gran partitura del inmortal Wagner, ejecutó primero una marcha fúnebre de Chopin, para tocar despues aquellas inspiradas notas del cuarto acto de *La Favorita*.

»Los coros, con el señor Nanetti, cantaron el coro de los frailes que precede á la romanza *Spirito gentil*, de la que hizo Gayarre una creacion.

»El público quedó suspenso de emocion. Ya no podia oir la mágica y prodigiosa voz de Julian, que transportaba á los espectadores en deliquios de entusiasmo. Algunos se consolaban imaginando que Julian repetiría la romanza ante el trono del Altísimo. Pero mejor fuera que no se realizase ese sueño, porque sería el destronamiento de ángeles y querubines...

»Esta idea, que tanto relieve prestó al entierro; esta idea, que nos hizo imaginar por un momento la resurreccion del gran tenor á los conjuros del arte, fué concebida por un gran artista, por el insigne Barbieri. Era el pensamiento delicado y hermoso de un poeta.

»Los artistas del teatro Real estaban en su mayoría á la puerta, y casi todos lloraban la muerte del que fué su ilustre y cariñoso compañero.

»La calle del Arenal estaba intransitable. La comitiva se detuvo

ante la iglesia de San Ginés, donde los sacerdotes rezaron un responso.

»Al desembocar en la Puerta del Sol, la nieve caía de un modo extraordinario. La gente había tomado los coches y tranvías por asalto para presenciar el desfile. Miles de personas formaban á uno y otro lado, y los coches obstruían el paso por completo. Una masa de gente se agolpó á la carroza, no ocurriendo desgracias por milagro. De varios balcones arrojaron flores y coronas.

»En la Puerta del Sol se oyó un inmenso vocerío. La gente, no sabiendo cómo tributar homenaje á Gayarre, prorrumpía en ruidosos vivas. El viva á Gayarre, sonoro, estridente, sonaba á los oídos delicados como una irreverencia.

»No: el pueblo de Madrid, ese público de la calle, compuesto en su mayoría de la gente que asiste al paraíso del Real y con toda alma y corazón aplaudía á Gayarre, manifestaba su dolor en la forma en que pueden hacerlo las grandes colectividades. Necesitaban un grito que sintetizase todas sus emociones, y ése era el viva á Gayarre. Una vida inmortal de fama, de gloria, de recuerdos. El viva al espíritu del artista, que permanecerá eternamente en la memoria de cuantos le escucharon... El refinamiento, la delicada expresión de los afectos, necesita estudio, preparación, y el pueblo es todo espontaneidad, corazón. Viva Gayarre, protesta estruendosa, elocuente, contra la desgracia que todos lamentamos...

»Al pasar la comitiva por la calle de Sevilla, dos porteros del Casino de Madrid colocaron sobre el féretro una artística cruz de flores. Los socios de la Peña y del Veloz, que estaban en los balcones, se descubrieron al paso del cortejo fúnebre.

»Al llegar al teatro de la Comedia, una Comisión de autores colocó sobre el féretro varias coronas. El sexteto entonó una marcha fúnebre. »Frente al teatro español el paso era, más que difícilísimo, imposible.

»La muchedumbre había invadido con antelación considerable la plaza de Santa Ana y todas las calles adyacentes.

»Una Comisión de representantes del Español, compuesta de los señores Ricardo Calvo, Donato Jimenez, Mariano Fernandez y Julian Romea, depositó en el féretro una lindísima corona con el siguiente lema: «Los artistas del teatro Español, á Julian Gayarre.»

»Dos representantes del teatro de Novedades prendieron del carro

fúnebre otra corona con las siguientes frases: «A Julian Gayarre, los artistas de Novedades.»

»Otra Comision del teatro de la Zarzuela, en la que figuraban los señores Mesejo (padre é hijo), Cerbón y Lahoz, colocó otra corona que decia: «La Empresa y artistas de la Zarzuela, á Gayarre.»

»El teatro Lara dejó otra corona por mano de los señores Maizquez, Ruiz de Arana y Tamayo. Su lema era el siguiente: «Empresa y artistas del teatro Lara, á la memoria de Julian Gayarre.»

»A ambos lados del paseo del Prado se veían dos filas de gente, que casi atropellaron á los de la comitiva, repitiéndose los desórdenes anteriores.

»Desde la plaza de Oriente, desde la casa mortuoria, iba al lado de la carroza fúnebre, exponiéndose á ser atropellada, una señora inglesa que seguia á Gayarre por todas partes, admirando al artista en platónica delectacion.

»Aquel era un afecto puro, desinteresado, sin el relieve de que resonara su nombre en los periódicos. Alrededor de una estrella del arte como Gayarre, forman amigos que vinculan su afecto, que lo secuestran, impidiendo acercarse a los profanos. Éstos, con su cariño, con su amistad, constituyen la vida del artista. Pero hay algo del amor egoista que todo lo quiere para sí y que cree mancillado al ídolo cuando el culto se abre al gran público. La señora inglesa, por el contrario, seguia el cortejo confundida entre el vulgo, como quien cumple un deber, sin cuidarse de lo que pudieran decir.

»En la estacion habia mucha más gente de la que se aglomeró en la carrera. En los desmontes de la estacion habia numerosos grupos. Cuando se detuvo la carroza, aquella muchedumbre penetró en los andenes de la estacion, impidiendo la traslación de las coronas desde la caja mortuoria al vagon que conduce los últimos restos de Julian Gayarre á su pueblo, al Roncal.

»Eran insuficientes los agentes de vigilancia para poner orden, para contener á la masa humana que queria dar el ultimo adios á Gayarre. Las coronas se depositaron en el vagon en medio del mayor barullo y griterío.

»Entonces vimos descollar entre las coronas la del Liceo de Barcelona. Los catalanes eran los primeros en asociarse al duelo nacional, y su tributo á Gayarre era sentido, delicado, hermoso.

»Colocado el féretro, el vagon fué unido á los del tren correo de Barcelona, que es el que transporta los restos de Julian.

»En la estacion se quedaron sus íntimos, los que cumplen el encargo piadoso de dar sepultura á Gayarre conforme á sus disposiciones testamentarias, Elorrio, el canónigo Echevarria, Gregorio, el primo de Gayarre, Valentín, el sobrino de Julian, y otros más.

»Al despedirse, al abandonar la estacion, Zapata apenas podia andar. Su dolor, su turbacion eran inmensos. Dobló la cinta que habia llevado toda la carrera, y entregándosela á nuestro compañero Cáva, le dijo llorando:

»—¡Toma; toma este último recuerdo del que tanto te queria!

»La gente se negaba á marchar. Creía que aquello que acababan de ver era una pesadilla, un ensueño. Querian persuadirse por sus propios ojos de que se llevaban el cadáver de Gayarre.»

Hasta aquí *El Liberal*.

Ya en el tren, en todas las estaciones importantes hasta Pamplona acudia la gente á dar el último adios á aquellos restos gloriosos, depositándose en algunas de ellas coronas á su memoria.

Cuando llegó el fúnebre cortejo á la capital navarra, todo Pamplona se hallaba en la estacion. Comisiones del Ayuntamiento, de la Diputacion provincial, de los principales Círculos y de varias Corporaciones populares, esperaban la llegada del cadáver.

En una enlutada y elegante carroza, y acompañado por la masa del pueblo, fué conducido al palacio de la Diputacion, en uno de cuyos salones se le depositó, velando su cadáver aquella noche sus más queridos y antiguos amigos, y acudiendo las gentes sin cesar á contemplar por última vez los restos de su ilustre paisano, que tanta gloria dió á Navarra.

Desde Pamplona á Roncal fué un duelo sin ejemplo. ¿Cómo pintar el dolor de los roncaleses al ver asomar por la carretera los restos mortales de su ilustre paisano?...

Los habitantes del Roncal y del valle todo, con la cabeza descubierta, caminaban silenciosos detrás del féretro, sin que hubiera uno solo en cuyos ojos no asomasen las lágrimas.

¡Era un padre, un hermano cariñosísimo de todos y cada uno el que habia muerto!

Depositóse el cadáver en la Casa municipal de la villa, velándole por turno todos los vecinos...

Oficiáronse en la iglesia dos entierros: uno modesto y sencillo, según Julian había ordenado; otro muy solemne, que costeaban los siete pueblos del valle, oficiando el canónigo señor Echevarria, que desde Madrid había ido hasta allí acompañando los restos de su querido amigo.

Después el féretro, transportado á brazo por ocho robustos roncaleses, fué conducido al humilde cementerio de la villa, acompañándole el vecindario en masa, los alcaldes y concejales de los siete pueblos y representaciones de los lugares vecinos, el clero con cruz alzada y, por último, el Ayuntamiento en pleno del Roncal; los cuales, terminada la fúnebre ceremonia, regresaron á la villa tristes y silenciosos.

¡Todo había concluido!

Allí quedaban para siempre los despojos mortales de Julian *el cantor*.

Nada, para poner fin á esta breve reseña, como las elocuentes palabras que en la velada ofrecida para honor de Gayarre por el Centro del Ejército y de la Armada, pronunció su cariñoso y apasionado amigo Vicente Sanchiz.

Hijas del dolor, sentido con toda el alma, y expresadas entre sollozos, supo Sanchiz corresponder en ellas al profundo pesar que embargaba el ánimo de sus oyentes.

«¡Allá en el Roncal—dijo—descansan en paz los restos del gran artista!... Allí, en aquellas agrestes soledades, donde su caridad inagotable ha llevado varias veces el consuelo á la vivienda del necesitado, allí duerme el sueño de los justos el que vivió constantemente dentro de la estela luminosa de la gloria.

»Aquellos riscos, regados en todos tiempos por la sangre de los héroes, encierran su cuerpo; y si fuera posible que un estremecimiento geológico de la tierra convirtiese su tumba en coloso de granito, cuyo picacho se escondiera entre las elevadas brumas del Pirineo, podría esculpirse en él esta inscripción, parecida á otra muy célebre de la antigüedad:—«Extranjero, dí á España que aquí yace el artista más eminente, el hombre más amante de su patria y el amigo más tierno y cariñoso.»



POST MORTEM

He concluído este libro... ¡Ojalá él pueda contribuir en algo á perpetuar la memoria del insigne artista español!

Séame permitido añadir aún dos palabras.

En el verano de 1890, Pepe Elorrio y yo nos trasladamos á Roncal para cumplir el sagrado deber de visitar la tumba del amigo del alma.

Acompañados por Valentín, el idolatrado sobrino y heredero del artista, fuimos una mañana temprano al pobre cementerio, que viejas paredes circundan y en el que sólo crecen las hierbas y malezas silvestres.

Entretanto que el inspirado y hábil cincel del insigne escultor Mariano Benlliure levanta un monumento digno del nombre y de la fama de Gayarre, costeadado por los herederos de éste, allí reposan los restos del intérprete sublime del arte lírico dramático.

En aquel humilde camposanto se halla su sepultura, sobre la que se levanta una pequeña capilla de madera, cuyas paredes cubren en todos sus lados las coronas fúnebres que á su muerte le fueron dedicadas.

Cuando penetramos en la capilla, vimos la fosa del artista cubierta enteramente de flores naturales. Eran las que la gratitud y el cariño de los hijos de Roncal depositaban diariamente sobre aquellos restos amados. Todas las flores que durante la primavera crecían en los alrededores, iban á marchitarse sobre la tumba, llevadas allí por las manos de los vecinos.

¡Hermosa y delicada manifestacion del culto de una comarca hácia su hijo predilecto!

Silenciosos, descubiertas nuestras cabezas, llenos los ojos de lágrimas, permanecemos también allí nosotros evocando largo rato el inolvidable recuerdo del amigo leal, del hermano cariñoso, del artista ilustre, de Julian Gayarre, de quien tan perfectamente dijo el poeta Manuel del Palacio, al enviar también *una flor* de su ingenio para aquella tumba:

Ave canora de gigante vuelo,
ya sus despojos el sepulcro encierra:
fué por su voz encanto de la tierra,
y por su corazón digno del cielo!

(De las *Memorias de Julian Gayarre*, por Julio Enciso.)

